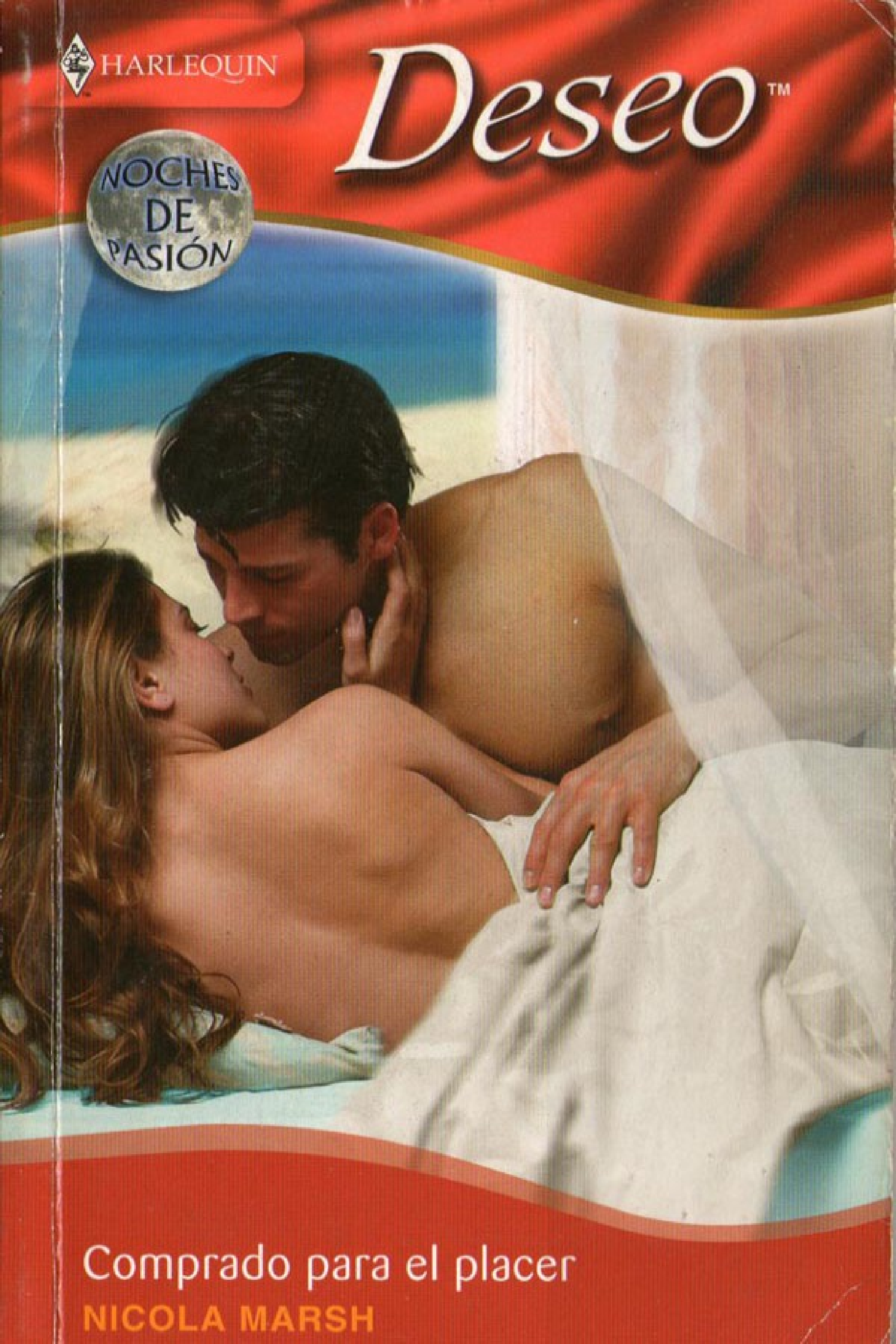

HARLEQUIN
Deseo™
NOCHES DE PASIÓN
Comprado para el placer
NICOLA MARSH

Comprado para el placer

Nicola Marsh

Comprado para el placer (2010)
Pertenece a la Temática Noches de Pasión
Título Original: Purchased for pleasure (2007)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Deseo 1700
Género: contemporánea
Protagonistas: Tyler James y Kate Hayden

Argumento:

Vendido… ¡a la mejor postora!

Kate Hayden debía de estar loca. Era lo único que explicaba que hubiera pujado en una subasta benéfica por pasar una semana con Tyler, su antiguo amor. Ahora, con sólo pensar que iba a compartir tiempo y espacio con él, se derretía. Tyler James era un soldado de las Fuerzas Especiales, un metro noventa y dos de puro músculo. En su trabajo resultaba primordial no perder el control, pero Ty encontraba algo absolutamente irresistible tanto en Kate como en el pasado que habían compartido. Ahora tenía una semana para pasar con ella… y sería un tiempo completamente dedicado al placer.

Capítulo 1

En el momento en que Kate Hayden volvió a ver a Tyler James, su mundo se puso del revés.

De acuerdo, tal vez no fue para tanto, pero sí que sintió cómo el deseo que había caracterizado su breve relación de hacía años hubiera vuelto con una intensidad arrolladora.

Habían pasado seis largos años desde la última vez que lo había visto, ¿por qué habían enloquecido sus hormonas al verlo ahora?

Ya había logrado olvidarse de él hacía mucho tiempo.

Se había preparado para cuando llegara el momento de volver a verlo.

Llevaba mentalizándose desde que había visto su nombre en la lista de «Chicos de los recados», el pintoresco nombre que le habían dado a la subasta de hombres con fines benéficos que la revista estaba patrocinando.

Desde el primer momento, había sentido un cosquilleo en el estómago y una curiosidad por volver a verlo que sobrepasaba la curiosidad natural de una periodista de investigación.

Era la ardiente curiosidad de una mujer que se había alejado de lo mejor que le había pasado en la vida.

Nadie espera que los primeros amores duren y ella ya lo había superado hacía mucho tiempo, pero por alguna razón ver su nombre en esa lista le había provocado una avalancha de recuerdos, todos ellos buenos, y sentía que tenía que verlo.

Esperaba que se estuviera quedando calvo y que hubiera perdido todos sus músculos. Aunque, ¿qué tendría eso de gracioso?

Le dio un sorbo a su champán con la esperanza de que ese líquido burbujeante calmara la repentina sequedad de su boca justo cuando el chico con el que una vez pensó que pasaría el resto de su vida subió al escenario.

Oh, Dios mío.

El champán le calmó la sed por un momento, pero no logró hacer nada con su pulso, que se aceleró ante la presencia del hombre más sexy que había visto en su vida.

Ty estaba increíble, mucho más guapo de lo que recordaba… ¡y recordaba muchas cosas! Había mejorado con los años, si cabía. Unas finas líneas radiaban de las esquinas de sus ojos azules y no

lograban desmerecer su bronceado rostro de altos pómulos. Un bonito pelo castaño aclarado por el sol y con ese estilo corto que tanto le favorecía. Y esos labios tan bien esculpidos…

Oh, sí, recordaba esos labios demasiado bien, recordaba cómo la habían seducido con tanta habilidad, recordaba todo el placer que le habían dado.

Tenía esos recuerdos grabados en su mente, se mantenían absolutamente indelebles. Los había bloqueado deliberadamente años atrás para concentrarse en su carrera, para intentar crearse una nueva vida en otro país.

Marcharse de Sidney para instalarse en Los Angeles había sido una gran decisión para una chica de veintiún años. Pero conocer a Ty poco después de aterrizar en los Estados Unidos había hecho que el cambio fuera mucho más llevadero. A decir verdad, ese chico había vuelto a iluminar su mundo.

Retorciéndose en su silla, le dio otro sorbo al champán. No era momento para dejarse atrapar en recuerdos de Ty. Tenía que centrar la atención durante los próximos diez minutos, al menos hasta que hubiera pronunciado su discurso. Tenía que mostrar aplomo y desenvoltura, y no dejarse afectar y babear por una vieja pasión.

—Y sin más dilación, chicas, os presento a nuestro último chico de los recados de la noche.

Un suave parloteo recorrió la sala mientras todas las miradas se giraban hacia el escenario. Kelly Adams, la glamurosa presentadora de la televisión local, señaló al hombre que tenía a su derecha mientras seguía diciendo:

—Sé que les gustará lo que van a ver, señoras. Tyler James es instructor de las Fuerzas Especiales de la Marina, mide un metro noventa y dos, tiene unos músculos por los que una se moriría, unos ojos azules increíbles y está preparado para enfrentarse a cualquier cosa.

Unos silbidos llenaron el aire mientras el hombre en cuestión ponía rectos sus anchos hombros y sonreía, en absoluto avergonzado.

—A ver, chicas, ¿cuánto vais a pujar por Tyler? El Orfanato Ramírez es una buena causa que necesita de vuestra ayuda para permanecer abierto. Además, ¿a quién no le gustaría tener a este hombre a vuestro servicio durante la próxima semana? ¿Qué tal si se encarga del jardín? ¿O de lavar el coche? ¿Cocinar? ¿Limpiar la

casa? Lo que vosotras digáis, chicas. Yo pujaría por él, pero creo que mi marido tendría algo que decir al respecto. ¿Quién empieza la puja?

Mientras Kelly hablaba, Kate se preguntó sobre el cambio de trabajo de Ty. ¿Se había hecho instructor? Cuando se conocieron, él era soldado de las Fuerzas Especiales y amaba y estaba entregado a su profesión. ¿A qué se había debido ese cambio?

Miró al hombre que había sobre el escenario mientras las preguntas no cesaban de surgir dentro de su cabeza.

¿Por qué no se habían dado otra oportunidad?

¿Había merecido la pena volcarse más en sus carreras que en sus corazones?

¿Madurar los había cambiado?

Al necesitar algo que la distrajera de todas esas fútiles preguntas, miró a su alrededor y vio que la atención de todas las mujeres estaba fijada en el escenario, aunque a juzgar por lo que había allí arriba, no podía culparlas.

Todas ellas, periodistas, editoras y fotógrafas, eran unas chicas con mucho talento. Diane, su asistente personal, había organizado el evento para ayudar al orfanato y se había ocupado de hasta el último detalle.

Como si estuviera sintiendo su mirada, Di se giró hacia ella.

—¿Por qué no pujas, Kate? Ya es hora de que en tu vida ocurra algo excitante.

¿Excitante? ¿A ella? No, de ningún modo. Eso ya lo había vivido y aún tenía las cicatrices que lo demostraban.

Por si fuera poco, el resto de las chicas se volvieron hacia ella.

—Siento decepcionaros a todas. No tengo tiempo para vivir momentos excitantes. Y además, ¿qué iba a hacer yo con un recadero?

Aunque mantuvo la voz firme, la idea de tener a Ty siguiéndole los pasos una semana le produjo algo muy extraño en su interior.

Cosas que no debería estar sintiendo… ni recordando…

—Es lo que yo decía. Si no sabes qué hacer con un tío tan bueno como ése, necesitas más ayuda de la que pensaba. ¿Por qué no vives un poco y nos demuestras que eres humana?

El resto de la mesa se unió a esas palabras, animándola a pujar, mientras ella negaba con la cabeza y se reía ante el entusiasmo que mostraban sus amigas.

Pero Di tenía razón. Ella había enterrado su vida para dedicarse

plenamente a su carrera, dispuesta a demostrar que el esfuerzo y la dedicación eran la clave del éxito. Sin embargo, ser una adicta al trabajo tenía sus inconvenientes y hacía años que no se divertía. Una vez había sido una chica divertida e impulsiva y era demasiado joven como para estar llevando una vida dedicada exclusivamente al trabajo. Tal vez ponerse al día con un viejo «amigo» era un antídoto.

¿Qué daño podía hacerle pujar por él? No iba a ser la única. Con sólo mirar a Ty, todas las mujeres de la sala empezarían a sacar sus chequeras.

—Está bien, está bien. Lo haré.

Alzó las manos como si se hubiera rendido y sonrió mientras las chicas la vitoreaban. Se bebió el resto del champán de dos tragos, levantó la mano en el aire y la agitó.

—Quinientos dólares —gritó.

Se hizo un absoluto silencio, ya que había sido el precio más alto de la noche hasta el momento, y, en lugar de hundirse en su silla, avergonzada, se puso derecha, alzó la cabeza y esperó a que Ty mirara hacia la mujer que había pujado por él; estaba ansiosa por ver su reacción y no dejaba de preguntarse si la chispa aún estaría viva entre ellos.

Obtuvo su respuesta al segundo, cuando Ty fijó esa mirada azul en ella. Tal vez fue por el alcohol o tal vez por el número de mujeres metidas en la sala, pero bajo la intensa mirada de Ty, Kate comenzó a sudar y apenas podía respirar.

—¿Alguien da más? —preguntó Kelly mirando de un lado a otro de la sala con una gran sonrisa sobre su cara perfectamente maquillada.

—¡Quinientos cincuenta! —gritó una rubia.

Kate volteó los ojos. Las rubias no eran del tipo de Ty.

—Seiscientos —dijo una esbelta pelirroja que se parecía a Nicole Kidman.

—Seiscientos cincuenta.

Kate se alzó para ver a la tercera postora; una sensual morena con un aire a Catherine Zeta-Jones y unos pechos enormes.

Esa sí que era el tipo de Ty.

Di se acercó a ella y le susurró:

—Eh, ¿vas a dejar que estas aficionadas te venzan?

De pronto, y movida por un fuerte impulso de competitividad que había tenido desde que nació, bajó la copa de champán que se

acababa de rellenar y agitó la mano en el aire.

—¡Mil dólares!

Unos ojos curiosos, además de las miradas asesinas de la rubia, de Nicole y de Catherine, se posaron en ella.

—¿A la una? ¿A las dos? ¿Vendido?

Cuando Kelly golpeó el mazo, Kate dio un salto en su silla.

—Vendido. Vendido a Kate Hayden, cuya revista es nuestro mayor patrocinador. Bien hecho, Kate. ¿Por qué no subes aquí a reclamar tu premio?

—¡Vamos! —dijo Di riéndose y dándole una palmadita en la espalda.

El cuerpo de Kate se quedó entumecido mientras avanzaba hacia el escenario mecánicamente y prácticamente oyendo el golpeteo de su corazón.

Había imaginado poder verse con Ty esa noche, pero no de ese modo. Su objetivo había sido un breve, impersonal y discreto encuentro, no uno tan cercano delante de toda la sala.

Mientras arrastraba los pies sobre los escalones, miró a Ty e intentó no tropezar. De cerca era más guapo todavía. Sus vivos ojos azules, del espectacular color del Océano Pacífico en Malibú, la miraban de arriba abajo encendiendo su cuerpo.

—Tienes buen aspecto, Katie. Hacía mucho que no nos veíamos.

Su profunda voz la invadió como una cálida caricia a la que no podía permitirse sucumbir. Tenía que reaccionar.

—Sí, ha pasado mucho tiempo. Es increíble lo que puedo llegar a hacer por una obra de caridad, ¿verdad?

La momentánea calidez de los ojos de Ty de pronto se convirtió en fuego, el mismo fuego que la había abrasado en más de una ocasión en el pasado.

—Pero bueno, ¿es ése modo de hablar a tu prometido?

—Ex —murmuró ella con unos labios temblorosos bajo el provocador brillo de sus ojos.

Esos increíbles ojos… Estaba convencida de que tenían el poder de hacerle cometer locuras. ¿Por qué, si no, iba a estar allí arriba, hipnotizada e incapaz de mirar a otro lado?

Kelly no dejaba de mirarlos.

—Vaya, vaya… Parece que estos dos van a llevarse a las mil maravillas. Ya están charlando. ¿Por qué no dices unas palabras, Kate?

Kate apartó la mirada de los cautivadores ojos de Ty y fue hacia

el atril esperando que su profesionalidad no la abandonara mientras su mente era un revoltijo de viejos e inesperados recuerdos.

—Como editora de la revista *Femme*, me gustaría daros las gracias a todas por haber asistido a nuestra subasta esta noche —continuó, mirando al pedazo de papel que tenía arrugado en la mano—. Gracias a vuestra generosidad, hemos recaudado cerca de diez mil dólares para el Orfanato Ramírez. Bien hecho, chicas.

Especialmente gracias a ella, que había contribuido a una décima parte de ese dinero al adquirir al chico del que quería alejarse en cuanto pasara esa noche.

Cuando los aplausos fueron apagándose, intentó centrarse para terminar su discurso.

—También me gustaría darles las gracias a los hombres que han donado su tiempo durante esta noche y la próxima semana. Estoy segura de que las chicas estarán más que encantadas de tener unos recaderos en casa durante una semana. Yo, al menos, sí que lo estoy.

Se puso derecha, se volvió hacia Ty y le lanzó una inquieta sonrisa. Y, cuando él le tiró un beso, la sala estalló en aplausos una vez más.

No, otra vez le fallaban las rodillas. Un simple y estúpido gesto y ya empezaba a actuar como la primera vez que se vieron, incapaz de controlar sus reacciones ante él.

Apoyándose en el atril para sujetarse, pegó una brillante sonrisa en su cara y se volvió hacia la audiencia.

—Gracias, chicas. Esperamos veros en nuestra próxima gala benéfica.

—No tan deprisa, Kate —le dijo Kelly agarrándola del brazo—, ¿Has olvidado cuál es el último paso después de la puja más alta?

¡No! Había esperado poder escapar de la humillación por la que las demás mujeres que habían hecho una adquisición habían tenido que pasar. Los estúpidos brazaletes, que se asemejaban demasiado a unas esposas y que encadenaban al hombre a sus postoras eran de mal gusto, por decir poco. Pero, al parecer, tendría que limitarse a sonreír y a soportarlo.

—Vamos. No seáis tímidos. Kate, puedes quitarte esto siempre que quieras… si es que estás dispuesta.

Y con esas últimas palabras, Kelly le abrochó el brazalete alrededor de su muñeca y alrededor de la de Ty, por el otro extremo. Después, metió la llave dentro del bolsillo de los vaqueros

de él.

—Tienes que estar de broma —murmuró Kate mientras se juraba que jamás volvería a beber champán.

Aunque en el fondo sabía que no había sido el alcohol lo que la había hecho pujar por Ty. Una sola mirada a esos ojos azules y ya estaba perdida.

—No es ninguna broma, me temo. Parece que lo divertido acaba de empezar —dijo Ty alzando sus brazos amarrados al aire con gesto victorioso.

Los aplausos aumentaron acompañados de risas, y los flashes de los fotógrafos los rodearon para no perderse ese momento. Kate apretó la mandíbula y sonrió, intentando aparentar calma, cuando en realidad quería echar a correr.

—Sí, me estoy divirtiendo de lo lindo —dijo tirando suavemente de la cadena que los unía.

—Espera un poco.

—Vamos.

Kate comenzó a bajar del escenario y él no tuvo más opción que seguirla.

Ahora tendría su gran oportunidad.

¿Para hacer qué?

¿Para intercambiar cumplidos? ¿Para charlar un poco?

Para ser alguien que se pasaba la vida tomando decisiones sobre qué palabras sonaban mejor o qué artículos se publicaban, no había pensado en ello.

Ver a Ty sobre el escenario era una cosa, tenerlo atado a ella era otra.

Simplemente tendrían una pequeña charla y después lo dejaría marchar.

Sí. Eso era exactamente lo que iba a hacer. Así de simple.

Pero entonces, ¿por qué se sentía como si el destino se estuviera riendo de ella?

Tyler sacudió la cabeza. Era la Kate de siempre: orgullosa, preciosa, independiente y con esos cautivadores ojos avellana que lo atrapaban cada vez que los miraba.

Recordaba cómo esas motas doradas de sus ojos habían resplandecido cuando la había hecho reír con alguna de sus bromas y también cuando ella había estado excitada. Sí, todo eso lo

recordaba demasiado bien.

Se había quedado helado cuando sus miradas se habían encontrado en la sala; su presencia en la subasta era lo último que se habría esperado y por mucho que lo había intentado, no había podido evitar apartar la mirada de ella mientras que Kate había actuado como si no existiera.

Pero entonces, ¿a qué había venido lo de la puja?

—No te quedes atrás —le dijo Kate dando un pequeño tirón a la cadena que los unía. Él contuvo una sonrisa.

Kate no había cambiado lo más mínimo, seguía siendo la misma mujer decidida que no esperaría a nadie.

A medida que la seguía, se fijó en su trasero y en cómo la falda negra de lino se ceñía a cada una de sus sexys y provocativas curvas. Kate no andaba simplemente; se contoneaba y pavoneaba sobre unas piernas largas, piernas de corista, unas piernas sensacionales que lo habían rodeado en tantos momentos dulces.

Lo mejor de su altura era que no desmerecía sus curvas ni un ápice. Según su experiencia, las mujeres altas eran generalmente delgadas, con poco pecho y pocas curvas. Kate, por el contrario, era la antítesis de ese estereotipo. Para medir casi un metro ochenta, tenía unos pechos voluptuosos y una cintura tan estrecha que podrían hacerle competir con el más perfecto de los relojes de arena.

Era espectacular. Simple y sencillamente.

Apartó la mirada de su trasero y su mente de una tierra de fantasías y centró la atención en su cabello para admirar su nuevo peinado. El pelo más corto le favorecía. Las mechas color burdeos sobre su fondo marrón chocolate resaltaban esa reluciente mata de pelo que le rozaba los hombros y que él tanto deseaba tocar.

Por desgracia, desviar la mirada de sus nalgas no había hecho disminuir su deseo. Todo lo contrario, pensar en sus sedosos mechones enredados entre sus dedos lo encendió todavía más.

Parecía que aún no lo había superado.

¿Cuántas noches había pasado despierto soñando con ella, deseando poder acariciarla? En realidad, las fantasías que había tenido con Kate habían sido una de las pocas cosas que habían impedido que se volviera loco durante el terrible año que pasó recuperándose de la rodilla dos años después de que rompieran su relación; fue lo único que lo ayudó cuando los deprimentes días se convertían en noches cargadas de dolor mientras intentaba aceptar

el hecho de que, por mucho ejercicio que hiciera, no podría reparar el daño de su rodilla y tendría que dejar la Marina.

Su vida se había hundido en aquel momento.

Y ahora parecía como si esa fantasía hubiera cobrado vida. De modo que, ¿qué iba a hacer al respecto?

Desde el primer minuto la había visto sentada en una mesa rodeada de unas mujeres bellísimas, pero destacando sobre ellas. Ella lo había mirado y él, al ver su perfecta y seductora boca, se había quedado sin aliento.

Un fuerte deseo había invadido su cuerpo haciéndole querer saltar todas las mesas, abrazarla, besarla, saborearla, poseerla para recordarle los momentos tan ardientes que habían compartido en el dormitorio.

Se tropezó y ella le lanzó una mirada de desdén por encima del hombro, a la que él respondió con una picara sonrisa.

Ver a su ex contoneándose delante de él le hizo recordar lo bien que se habían encontrado juntos. Tal vez pasar siete días intentando resucitar viejos tiempos antes de enfrentarse a la cita que tendría la semana siguiente y que podría cambiarle la vida no sería algo tan malo.

Sí, le parecía un buen plan.

Y como buen miembro de las Fuerzas Especiales, él siempre se ceñía al plan.

Capítulo 2

Kate no habló hasta que llegaron a un camerino entre bastidores. No sabía qué decir.

Su plan de tener una breve charla había sonado bien en un principio. Sin embargo, ahora que estaba a solas con él, a su plan le veía un inconveniente. Uno bien grande.

No había contado con esa chispa que existía entre los dos, ese algo tan especial que le había hecho pedirle que se casara con ella, y que él se había tomado a risa.

Ella le había seguido el juego y así los dos habían bromeado sobre el hecho de estar comprometidos. Los dos eran unos jóvenes alocados, se habían conocido y divertido en Las Vegas y a Kate le había parecido algo natural mudarse con él a Los Angeles.

Pero la vida no se basaba únicamente en la diversión y los dos tenían sitios a los que ir, carreras que forjar y habían hecho lo correcto al romper.

¿O no?

Kate cerró la puerta.

—Mira, sé que esto de que haya pujado por ti debe de haberte parecido una locura, pero sólo quería verte para saber cómo te va. No tengo intención de hacer que pases conmigo una semana. Con mucho gusto donaré el dinero al orfanato y podemos dar esto por zanjado, ¿de acuerdo?

Él se quedó en silencio, con un especulativo brillo en sus ojos azules y una juguetona sonrisa en su sensual boca.

Desconcertada por el silencio y la mirada de Ty, Kate se apresuró a decir:

—Ha pasado mucho tiempo, ¿verdad? Supongo que tenía curiosidad por saber qué había sido de tu vida. Seis años es mucho tiempo.

¿Se podía ser más patética?

Estar tan cerca de Ty, tener su intensa mirada azul centrada únicamente en ella estaba afectándole al cerebro. Eso sin mencionar que, por dentro, todo su cuerpo estaba ardiendo.

—Es mucho tiempo.

El frío tono de Ty no encajaba con el calor que desprendían sus ojos y la hizo temblar.

—Entonces, ¿no te parece mal que nos pongamos un poco al día antes de que te deje libre, verdad?

Forzó una sonrisa, esperando que él asintiera.

—No.

—¿Qué?

—He dicho «no».

—Dices que no quieres que charlemos o que no quieres que te deje libre.

Menos de cinco minutos en su compañía después de seis años y ya había empezado a flirtear con él.

Ty sacudió la cabeza y una ligera arruga apareció entre sus cejas acentuando las líneas de expresión alrededor de sus ojos. A pesar de su buen aspecto, se le veía mayor, cansado, como si hubiera librado miles de batallas.

—Que no quiero una charla breve.

—Oh.

Kate no podía soportarlo. La estaba confundiendo, como siempre había hecho, al guardarse sus emociones a la vez que la excitaba con esa seductora mirada.

—Quiero una larga conversación. Quiero enterarme de todo lo que has estado haciendo. De todo.

Los ojos de Ty se oscurecieron hasta adquirir el color de su piedra favorita, un zafiro azul oscuro, y la comparación la desconcertó. No quería compararlo con algo tan preciado como la reliquia de su abuela.

—Ha pasado demasiado tiempo, Katie.

El suave tono que ahora empleó no logró aplacarla mientras ella intentaba ignorar el modo en que le estaba palpitando el corazón por oírle llamarla de ese modo.

—Sí —no se le ocurrió nada más qué decir.

—Bueno, ¿qué quieres hacer?

«¿Arrojarme encima de ti?».

«¿Arrancarte la ropa?».

«¿Hacerte el amor?».

Tenía que pensar en algo sensato que decir, algo para romper la tensión.

—¿Qué quieres hacer?

Que tomara él la decisión, ella no podía pensar con claridad y controlar su impulso de abalanzarse sobre él al mismo tiempo.

—Esto.

Antes de poder darse cuenta de lo que estaba pasando, cayó contra su cuerpo mientras él bajaba la boca hacia ella.

Oh, guau…

Los labios de Ty estrujaron los suyos, desesperadamente, hambrientos, pero a la vez muy dulcemente. La boca de Kate ardía bajo esos exigentes labios y se entregó a él sin pensarlo.

Un deseo puro y ciego la recorrió mientras respondía al beso siguiendo sus instintos.

«Esto no puede estar pasando», pensaba mientras la lengua de Ty rozaba su boca abierta, la exploraba y le suplicaba que le diera el mismo placer.

El estómago le dio un vuelco cuando el exigente beso de Ty se intensificó, perdió la razón cuando su lengua le recorrió el labio inferior y la volvió loca de deseo.

Lo había echado de menos, lo había echado de menos más de lo que se imaginaba y cuando él comenzó a mordisquear las mismas zonas que antes había recorrido con la lengua, Kate se dio cuenta de que esos extraños sonidos que llenaban el aire los estaba emitiendo ella.

—Ty —susurró, perdida en una electrizante sensación mientras su cuerpo temblaba bajo sus expertas caricias y unas corrientes de deseo la invadían.

Ningún hombre la había hecho sentirse así. Sólo Ty…

Y habían pasado seis largos años.

Se puso derecha contra él y se encontró con una dura muestra de cuánto él la deseaba. Abrió los ojos y apartó la mirada hacia un espejo donde ambos se reflejaban. Volvió a la realidad cuando lo vio en el espejo, cubriéndole el cuello de besos, y lo apartó, incapaz de retirar la vista del espejo. Él siguió su mirada y sonrió.

—Seguimos haciendo buena pareja, ¿eh?

Y esas palabras la sacaron de esa bruma de sensualidad que la había estado envolviendo.

¿Pero en qué estaba pensando?

Ahora era una mujer madura, ya no era una ingenua turista sedienta de amor que había aterrizado en un nuevo país.

—Sigue soñando —le susurró, odiando el hecho de haber sucumbido a sus ardientes besos, odiando el hecho de que, una vez más, él tuviera razón.

Sí que hacían buena pareja. Demasiado. Era una imagen en la que había creído hacía seis años antes de darse cuenta de que sólo

era un espejismo.
Él se rió y le recorrió la mejilla con tortuosa lentitud.
—Tal vez mi beso ha estado fuera de lugar, pero creo que lo deseabas tanto como yo.
¡Odiaba que la conociera incluso mejor de lo que ella se conocía a sí misma!
—Estoy cansada. He reaccionado sin pensar.
Él sonrió.
—Buena respuesta. ¿A lo mejor este reencuentro estaba predestinado? Tal vez tu subconsciente te ha hecho comprarme porque aún me deseas. Tal vez…
—No dices más que tonterías —le dijo, mortificada por la facilidad con que podía leerle el pensamiento, por cómo ese único beso había resucitado tantos recuerdos sensuales que había dado por olvidados.
El impulso de ser divertida y espontánea no había sido una de sus mejores ideas. Acabaría con ello si lograba recuperar el sentido y controlaba su pulso.
—Insúltame todo lo que quieras, pero yo no voy a ninguna parte. Aunque podemos charlar en otro momento, ¿qué te parece mañana? He tenido una semana terrible en el trabajo y estoy agotado. Además, necesito dormir si tengo que realizar todos esos trabajos que seguro me tienes preparados para la semana.
—¿Quieres hacer esto? ¿Estás loco?
—No tanto como antes —sonrió con esa misma sonrisa que tanto la había cautivado en el pasado—. Y sí, ser tu chico de los recados durante una semana podría ser interesante.
Con un suspiro, ella dijo:
—Eso no va a pasar, pero ya hablaremos de esto por la mañana. Ahora mismo no tengo energía suficiente para discutir. Suéltame, por favor.
—Lo siento, pero tendrás que hacerlo tú.
—Vamos, dame un respiro. Basta de juegos. Dame la llave.
Él sonrió más todavía.
—No puedo. Por si no lo has notado, tengo la mano izquierda atada a tu mano derecha y la llave está en mi bolsillo izquierdo. Para no correr el riesgo de dislocarme el hombro derecho, creo que lo mejor sería que tú hicieras los honores.
Ella se le quedó mirando, furiosa por el brillo de sus ojos y la picara sonrisa, segura de que él podría sacar la llave si quisiera.

Pero no se movió ni un ápice y siguió mirándola como si estuviera disfrutando haciéndola sentir incómoda.

—Bueno, ¿qué vas a hacer? ¿Prefieres estar atada a mí indefinidamente o buscar en mi bolsillo y ver qué encuentras? —le dijo riéndose.

—Eres un crío.

Kate metió la mano rápidamente en su bolsillo; por suerte, la llave no estaba demasiado al fondo.

—No tanto como tú. Yo no soy el que está haciendo mohines.

Ella metió la llave en el candado y la giró. Y con la suerte que estaba teniendo esa noche, no le extrañó que se atascara.

—Yo no estoy haciendo eso. Ayúdame, ¿quieres?

—Si no estás haciendo mohines, entonces es que estás poniendo los labios así para que te dé otro beso. Están rosados y muy, muy sexys.

A Kate se le agotó la paciencia.

—Ya vale, marinero. No estoy de humor. Vamos a abrir este maldito candado para que pueda irme de aquí.

—Trae, déjame probar.

Cuando Ty puso la mano sobre la suya, ella no pudo ignorar el calor que sintió. Ese calor le recorría el cuerpo cada vez que la tocaba, incluso ante el inofensivo roce de su mano intentando abrir el candado.

—Ya está. Eres una mujer libre.

«Ojalá».

Ver a Ty esa noche la había hecho reaccionar.

No era tan libre como le gustaría pensar.

Tal vez lo había olvidado hacía mucho tiempo y había continuado con su vida, pero no le había costado más que un beso despertar todas sus emociones y volver a centrarlas únicamente en el sexy soldado de las Fuerzas Especiales.

El candado se abrió y el brazalete se soltó cayendo al suelo.

—Gracias —le dijo Kate, con la muñeca enrojecida por la presión.

—Déjame.

Antes de que ella pudiera protestar, Ty le agarró la muñeca y comenzó a masajeársela con las dos manos hasta que su dolorida piel recuperó la circulación.

—Mmm… qué bien —murmuró ella con la mirada cansada.

Sin embargo, a medida que el dolor de su muñeca disminuía, el

deseo que tanto tiempo había estado intentando ignorar aumentaba. Las manos de Ty eran cálidas, firmes y las imaginaba recorriéndole el cuerpo.

—¿Mejor?

Kate abrió los ojos cuando le soltó la muñeca y al mirarlo vio que el deseo que sentía por él era mutuo.

—¿Quieres que te lleve a casa?

—Gracias, pero he venido con las chicas y tenemos que volver a la oficina.

Él miró el reloj.

—Hemos estado aquí un buen rato. A lo mejor se han ido.

—No te preocupes. Si se han marchado, pediré un taxi.

Kate sabía que había sonado algo petulante, pero no podía soportar estar cerca de él ni un segundo más. Si la llevaba a casa, se vería tentada a invitarlo a pasar y, viendo cómo había reaccionado al beso, sabía exactamente qué sucedería después.

Desde que su breve y última relación hubiera terminado dieciocho meses atrás, su vida sexual había estado en continua sequía y no tenía intención de dejar que Ty fuera el que apagara su sed.

Él le puso una mano en la espalda y la llevó hasta la puerta.

—Vamos, no es ninguna molestia. ¿Dónde vives?

—En Beverly Hills.

—Vaya, impresionante —la miró con admiración y eso a ella la llenó de orgullo.

—Mis abuelos construyeron esa casa. Nos reencontramos después de que tú te fueras. Me recibieron con los brazos abiertos, pero murieron poco después y con pocos meses de diferencia. Es increíble, pero me dejaron la casa.

Había sido un gesto maravilloso y le gustaba pensar que habían acabado queriéndola tanto como ella a ellos durante el poco tiempo que habían pasado juntos.

—Me alegra que tuvieras a alguien que cuidara de ti.

Ty dejó caer la mano y ella echó en falta su cálido tacto.

Algo no iba bien. La curiosidad era una cosa, besarlo y abrirse ante él hablándole de sus abuelos era otra completamente distinta. Tenía que llegar a casa antes de que se dejara llevar y le contara otros secretos más profundos y más oscuros.

—Mira, tengo que irme.

—¿Qué pasa?

Él la miró enarcando una ceja.

—Nada, ¿por qué?

—Antes eras una chica espontánea capaz de reírse de sí misma. ¿Qué ha pasado? ¿Es que heredar las joyas de la familia te ha cambiado?

Ella apretó los puños, furiosa.

—Es sólo que estoy cansada. Además, ya no sabes nada de mí.

—Ahí te equivocas. Teníamos una conexión especial y voy a emplear la semana que tenemos por delante para recuperarla.

Con un suspiro, lo siguió hasta la puerta y, antes de salir por ella, le tocó el brazo.

—¿Por qué estás haciendo esto, Ty?

Él se detuvo y se giró para mirarla.

—Hacía mucho tiempo que no me llamabas así.

—Ha pasado mucho tiempo —respondió, sintiéndose triste por la falta de contacto que habían tenido durante esos años—. Ahora, contesta a mi pregunta.

Él se encogió de hombros.

—Una semana no es tanto tiempo y las buenas causas son mi debilidad. El orfanato es el hogar de esos pobres niños y se merecen una oportunidad.

—Sigues siendo el mismo Ty, siempre dispuesto a salvar el mundo.

—Es a lo que me dedico. ¿Por qué haces que suene como si lo hiciera sólo para sentirme superior?

—¿No lo haces?

Él dijo algo en voz baja y ella cambió de tema.

—¿Estás de permiso?

—Sí. Tengo una semana.

—¿Por qué no has donado dinero en lugar de ceder una semana de tu tiempo?

Eso la había tenido intrigada desde que lo había visto en la lista los hombres que participarían en la subasta. Su trabajo siempre había sido lo primero y dudaba que eso hubiera cambiado. Después de todo, era una de las cosas que los había separado.

Él se encogió de hombros y miró a otro lado.

—Pensé que la subasta podría recaudar más dinero que el que yo podría donar.

Estaba mintiendo.

Y Kate lo supo en el momento en que lo vio apartar la mirada.

Ty era una persona muy directa que llamaba a las cosas por su nombre y el hecho de que se mostrara reacio a hablar de ese tema resultaba de lo más intrigante.

—Hay algo más. Estás ocultando algo.

—Sigues siendo una fisgona, ¿eh? Pues aquí no vas a encontrar tu siguiente artículo.

En ese momento la miró directamente a los ojos, como para desafiarla.

—Puede que no, pero no puedes culparme por intentarlo. Tal vez debería dejarme llevar, acceder a esta locura y después sacar provecho de ella.

Él bajó la voz, dotándola de un tono ronco y excitante.

—Si te dejaras llevar completamente, esta semana podría ser más divertida de lo que me pensaba.

Le recorrió los brazos con una suave caricia haciéndola temblar de placer. Una sola caricia. Eso era lo que necesitaba para hacerla arder por él, tal como antes.

—Buenas noches, Ty.

Se dio la vuelta y comenzó a alejarse, ansiosa por poner tanta distancia de por medio como le fuera posible.

Pero la provocadora risa de Ty la siguió por el pasillo.

—Puedes correr, pero no puedes esconderte.

—¿Quieres apostar? —farfulló ella mientras rezaba por que Di la hubiese esperado.

Capítulo 3

—Has resultado la ganadora sorpresa. Has esperado hasta el final para apostar y llevarte al mejor de todos.

Si en un principio Kate se había alegrado de que Di la hubiera esperado después de la subasta, ahora quería librarse de ella cuanto antes.

—¿No tienes trabajo que hacer? —le preguntó mientras ojeaba unos papeles, ya en la oficina.

Pero no funcionó. Di se apoyó en el borde del escritorio y apartó los papeles que su jefa estaba mirando.

—Nada que no pueda esperar. Vamos, cuéntamelo todo. ¿Adónde habéis ido después de la subasta?

Kate suspiró, guardando el recuerdo del beso de Ty en lo más recóndito de su mente.

—No hay nada que contar. Nos hemos soltado, hemos charlado para establecer los límites y eso ha sido todo.

—¡Ajá! Lo sabía. ¿Por qué ibais a necesitar establecer límites? ¿Ha ocurrido algo entre el soldado macizo y mi intrépida jefa?

—Exsoldado.

—¿Cómo lo sabes?

—Conozco a Tyler James.

Un silencio ensordecedor siguió a su revelación hasta que Di exclamó:

—Oh, sabía que había algo más. Yo compadeciéndome de mi jefa adicta al trabajo y resulta que ella va por ahí saliendo con marines macizos.

—¡Eh! Yo no estoy saliendo con nadie. Conocí a Tyler hace seis años cuando era un soldado de las Fuerzas Especiales. No es simplemente un instructor. Ha tenido mucha acción en su vida.

Tanto con, o como sin uniforme y por suerte para ella, Kate había conocido a Ty en sus mejores momentos.

—Apuesto a que sí —respondió la chica.

—Por el amor de Dios, no pienses mal.

—¿Por qué no? Eso es lo más divertido.

Di se dejó caer del escritorio y comenzó a caminar por el despacho.

—¿Es por eso por lo que has pujado por él, jefa? ¿Por qué

buscabas algo de acción?

Kate le lanzó un lapicero.

—Fuera. Ahora. Vuelve al trabajo antes de que te despida.

—No te atreverías. Soy tu mano derecha.

Di sonrió y salió corriendo de la habitación.

Kate se recostó en la silla y se rió. Di tenía razón. Era la mejor ayudante que había tenido nunca y, lo que era peor, la chica lo sabía. Sin embargo, ¿por qué tenía que hacer tantos comentarios sobre su no existente vida amorosa?

Ver a Ty había despertado sus hormonas; aún tenía cosquilleos en la piel ante el recuerdo de sus manos sobre su muñeca. Ningún hombre había provocado tantas sensaciones en ella como él.

Había sido un amante explosivo, el primero, pero a pesar de ese beso alucinante, no tenía la más mínima intención de regresar a esa época de su vida.

Aunque, con toda sinceridad, si no hubiera tenido la mano atada en ese momento, no tenía duda de lo que se habría visto tentada a hacer con las manos. Ese pequeño toque de contacto con Ty había encendido su libido.

El teléfono la hizo volver al presente.

—Kate Hayden, ¿dígame?

—Así que has vuelto a la oficina. Creí que era sólo una excusa para escapar de mí.

El sonido de la profunda voz de Ty alimentó la fantasía en la que había estado sumida.

—¿Crees que estaba intentando escapar?

—No me ha dado la sensación de que tuvieras muchas ganas de estar conmigo.

Ella mantuvo un tono de voz frío mientras intentaba ignorar el erótico recuerdo de sus cuerpos unidos y reflejados en el espejo.

—A lo mejor estaba un poco nerviosa por lo de la subasta.

Garabateó algo en la libreta que tenía delante y a punto estuvo de caerse de la silla cuando vio que estaba dibujando unos enormes corazones con las iniciales K.H. y T.J. entrelazadas.

—Pues la Kate que yo conozco nunca se ponía nerviosa. Estaba muy segura de sí misma y era muy mandona, pero ¿nerviosa? Eso nunca.

—Has olvidado que también te parecía guapa —murmuró con la voz entrecortada.

No debería flirtear con él, no debería hacerlo, pero por alguna

razón él despertaba esa faceta suya.

—Eso sobra decirlo —dijo, y se detuvo por un momento—. ¿Estás flirteando conmigo, cariño?

—¿Y si es así?

—Eres un camaleón. Primero no puedes soportar estar cerca de mí y al segundo me hablas como si fueras Mae West. ¿Y si me paso a verte un rato?

Ella se recostó en su silla de piel, cruzó los tobillos y contempló las titilantes luces del centro de Los Angeles. Adoraba esas vistas, adoraba el ritmo de la ciudad, pero estar conversando con Ty la inspiraba más que las vistas que admiraba todos los días.

Jugar con él resultaba divertido, hacía mucho tiempo que no lo pasaba bien y se preguntaba cuánto podría provocarlo.

—¿Qué estás haciendo ahora?

Una vez más, el silencio fue su respuesta.

—Ty, ¿sigues ahí?

—Sí. ¿Dónde has dicho que estaba tu oficina?

—No te lo he dicho. Aunque si me dejara llevar, como te he dicho antes, podría invitarte a tomar un café en casa…

—¿Quieres decir café… o café?

Un delicioso cosquilleo la recorrió al pensar que Ty resultaría un excitante mucho mejor que la cafeína: rico, cálido y adictivo.

—Jefa, me marcho —la voz de Di la sorprendió cuando ésta asomó la cabeza por la puerta.

Se puso derecha en la silla.

—¿Puedes esperar un segundo? —dijo antes de cubrir el teléfono con la mano.

—Claro, Katie —murmuró él, ruborizándola.

—¿Quién es? —le preguntó Di.

—Nadie importante. Puedes marcharte.

—Lo que tú digas, jefa —y con un guiño de ojos y un beso al aire, Di salió del despacho.

Kate respiró hondo y apartó la mano del teléfono.

—Lo siento.

—¿Así que no soy nadie, eh? Qué bonito.

Kate sonrió al pensar que había arañado el ego de Ty.

—No quería decir eso.

—¿Y qué querías decir, entonces?

—Mira, estoy cansada. Ha sido una noche muy larga y tengo que editar un artículo más antes de marcharme. Mañana hablamos, ¿de

acuerdo?

Silencio otra vez.

—¿Ty?

—Estás asustada y estás huyendo.

—No sé de qué estás hablando —respondió con la boca seca.

Él se rió y ese sonido tan familiar le recorrió la piel y le puso la carne de gallina.

—Sí, claro que lo sabes. Qué pena. Pensé que querrías que siguiéramos por donde lo habíamos dejado.

—Más quisieras.

La imagen de su ruptura seis años atrás invadió su mente. Después de iniciarla en placeres propios de un sueño, se había apartado de ella para centrarse en su preciado trabajo y ella había hecho lo mismo, se había refugiado en un nuevo empleo para alejarse de él todo lo posible.

Pero ahora Ty había vuelto. Tan guapo, tan encantador y tan peligroso como siempre para su bienestar mental. Sin embargo, no podía ser tan tonta como para dejarlo entrar.

—Sí, ya, más quisiera —se detuvo como si estuviera eligiendo las palabras cuidadosamente—. Por cierto, ¿por qué estás trabajando si son más de las once?

—Esto es lo habitual —respondió con voz cansada.

—¿Es que no tienes vida?

—Ésta es mi vida —respondió ella entre risas, aunque no añadió que era lo único que tenía.

—Tienes que salir más. Voy a tomármelo como un objetivo personal y voy a asegurarme de que vivas un poco más durante la próxima semana. ¿Trato hecho?

—Eso no va a pasar.

Aunque pensar en Ty ayudándola a «vivir un poco» evocaba unas imágenes salvajes, ya había fantaseado demasiado y había llegado el momento de ponerle fin al tema.

—Mañana te llamo. Dulces sueños, Katie.

Pero Kate sabía que esa noche los sueños serían algo imposible. Tenía que dormir para poder soñar y dudaba que pudiera cerrar los ojos después de lo sucedido.

Tyler James era historia.

Pero entonces, ¿por qué le parecía que formaba parte de su presente?

Tyler no podía dormir. Se puso una chaqueta, tomó las llaves y se dirigió hacia la puerta.

Vivir cerca de la base tenía sus ventajas. Si se pasaba por el bar para tomarse una copa se encontraría con algún conocido y esa noche le apetecía tener algo de compañía. Tal vez intercambiar unos chistes con los chicos lo ayudaría a calmarse.

Aunque lo dudaba. Sólo había una cosa que lo ayudaría a calmarse y estaba encerrada en un despacho del centro de la ciudad.

Ojalá su ayudante no hubiera interrumpido la conversación; ahora podría estar en casa de Kate compartiendo algo más que café.

Volver a verla le hizo recordar demasiado bien los contornos de sus curvas bajo sus manos, los sonidos que ella emitía mientras hacían el amor, el modo en que lo hacía sentir como si fuera el único hombre del mundo para ella.

Por desgracia, eso no podía ser verdad. Una mujer como Kate habría tenido un montón de hombres desde que se habían separado.

Apretó los puños, odiando el irracional ataque de celos que lo invadió. Había seguido adelante y no podía decirse exactamente que hubiera vivido como un monje en los últimos seis años, ¿qué esperaba? ¿Qué una mujer tan despampanante como Kate se hubiera quedado sentada esperando?

Con los dientes apretados, entró en el bar. Él no necesitaba que eso le complicara la vida.

Lo que Kate hiciera con su vida y con quién la pasara no era asunto suyo. Él valoraba su independencia y se tomaría su reencuentro como un regalo del destino que desenvolvería y disfrutaría durante la siguiente semana antes de pasar el examen físico anual que podía hacerle perder su carrera.

—Eh, Ty, ¿qué tal?

Ty se alegró de ver a ese hombre gigante delante de él y le estrechó la mano.

—Eh, Oso. ¿Qué haces aquí? Creí que estabas de permiso.

—No, me llamaron anoche.

Tyler se rió.

—Así que el jefe te está exprimiendo últimamente, ¿eh? ¿Te apetece una cerveza?

Oso asintió.

—Sí. El jefe siempre pide más. Ya sabes cómo es la instrucción.

—Sí, lo sé. Salud.

Brindaron con sus botellas y se quedaron en silencio hasta que Evan «Oso» Bridges le dijo:

—¿Qué pasa? Te veo muy mal.

Tyler dejó su botella.

—¿Tanto se nota?

—Ajá. Cuéntaselo al viejo Oso.

—Es por el orfanato. Al parecer, va a tener que cerrar.

—Imposible. Con las cantidades que donas de tus sueldos todos los años debería poder estar abierto hasta el siglo que viene.

—Me temo que no.

—¿Hay algo que yo pueda hacer? —su amigo se llevó la mano al bolsillo, preparado para sacar la cartera.

—No, a menos que puedas poner medio millón de dólares.

—Eso sí que no puedo. Lo siento, hermano.

—Yo sí que lo siento —murmuró sintiéndose impotente por tercera vez en su vida. La primera fue cuando dejó a Kate y la segunda cuando se lesionó la rodilla.

Los soldados de las Fuerzas Especiales eran conocidos por su ingenio, por su persistencia. Así que, ¿por qué no podía hacer algo más por una causa que lo era todo para él?

En ese momento, su jefe, Jack Crawford, entró en el bar y fue hacia ellos.

—¿Qué pasa, Oso? TJ, creía que estabas de permiso.

—Lo estoy —le respondió estrechándole la mano.

—Entonces, ¿qué estás haciendo aquí?

—Negocios —respondió Tyler terminándose la cerveza.

—Apuesto a que sí —y con una picara sonrisa, añadió—: ¿Has estado en alguna subasta últimamente?

—Ja, ja. ¿Cómo te has enterado?

—¿Pero de qué estáis hablando? —preguntó Oso mirándolos a los dos.

—¿No lo has oído? La nueva misión de TJ consiste en estar encadenado a una mujer durante una semana y hacerle todos los trabajos de casa que ella le pida.

—Estáis de broma, ¿verdad? ¿Por qué ibas a hacer una tontería como ésa?

—Por caridad, por supuesto.

Tyler miró a Oso esperando que captara lo que quería decir. Él era el único de sus amigos que sabía que había crecido en un

orfanato y tenía intención de que siguiera siendo así. Ya se habían compadecido demasiado de él mientras creció como para que ahora sus compañeros también lo hicieran.

Oso lo captó enseguida.

—Sí, estoy de acuerdo en que el orfanato es una buena causa —añadió Jack—. Aunque creo que hay algo más detrás. TJ, creo que te gusta estar a disposición de una guapísima señorita.

—¿Quién te ha dicho que es guapísima? —preguntó Tyler.

—Leila ha ido a la subasta. En cuanto ha llegado a casa me ha contado lo tuyo con la editora de una revista. Dice que saltaban chispas entre los dos y eso fue antes de que os pusieran los grilletes.

—Creo que Leila tiene mucha imaginación —dijo sonando todo lo natural que pudo—. No hubo chispas. Simplemente estoy donando mi tiempo por una buena causa.

—Sí, ya. ¿Y qué me dices de que esa editora parezca una supermodelo? Esto también es parte del trabajo, ¿eh?

—Claro —Tyler retiró su silla—. Lo siento, chicos. Por mucho que me gustaría quedarme con vosotros, tengo que irme. Mañana me levanto temprano. A las seis en punto.

De pronto la necesidad de estar acompañado se había desvanecido. Había ido hasta allí para borrar a Kate de su mente, para no hablar de ella, y sabía que ahora los chicos querrían conocer hasta el último detalle. Se alejó despacio, dejando a sus dos mejores amigos sonriendo.

—Nos vemos la semana que viene, TJ. Si sobrevives, claro.

Ignorando el último comentario de Jack, salió del bar no teniendo ninguna duda de que sobreviviría. Después de todo, se había visto en misiones más peligrosas y había salido ileso.

Pero entonces una imagen de los ojos avellana y oro de Kate, seguida por el recuerdo de su beso, ocupó su mente.

Esperaba que esa misión no acabara siendo su perdición…

Kate se enorgullecía de ser fría, organizada y profesional todo el tiempo. Y para ser así, necesitaba al menos ocho horas completas de sueño cada día. Sin ellas, se convertía en un monstruo, como todo su equipo bien sabía. Por desgracia, la noche anterior no había logrado concebir el sueño y ahora estaba pagando las consecuencias. ¿Las pagaría también cualquiera que se cruzara en su camino?

—Buenos días, jefa. ¿Has dormido bien? —Di entró en su despacho.

—No. ¿Dónde está ese maldito artículo sobre los albergues para los sin techo? —dijo buscando entre una pila desordenada de papeles sobre su escritorio. ¿Qué había sido de la mujer organizada y profesional?

—¿No has dormido bien? No te culpo.

A Kate no le gustó el brillo que vio en los ojos de Di. Además, ¿cómo podía estar tan alegre todas las mañanas? ¿Es que nunca se levantaba con dolor de cabeza?

—¿Qué quiere decir eso?

—Oh, nada. Aunque si fuera a tener un sexy marine siguiéndome toda una semana, yo tampoco podría pegar ojo.

—No va a estar siguiéndome.

—Oh, claro que lo hará. Acaba de levantarse y viene hacia aquí.

Y justo en ese momento Kate vio a Ty entrando en su despacho.

Al verlo, Di se despidió de él con un gesto algo descarado que despertó los celos de Kate.

—Hola. ¿Tienes un minuto?

Pero ¿cómo podía estar tan guapo a esas horas de la mañana? Unos vaqueros desgastados abrazaban sus largas piernas y una camiseta blanca se ceñía a su torso como una segunda piel, marcando cada uno de sus músculos. Los mismos músculos que ella adoraba acariciar.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó intentando mantener la voz fría, aunque sonó algo chillona.

Una sonrisa rozó las comisuras de su deliciosa boca.

—Te sigue sentando mal madrugar, ¿eh?

—Me sorprende que aún lo recuerdes.

—¿Cómo iba a olvidarlo?

Le lanzó una de sus letales sonrisas, de ésas que hacían que las piernas le temblaran. Por suerte, estaba sentada.

—¿Y qué más recuerdas?

Él cerró la puerta y cruzó la habitación. Kate adoraba su forma de caminar y el pulso se le aceleró cuando él se sentó en una esquina del escritorio.

—Recuerdo muchas cosas.

Le alzó la barbilla y le acarició la mejilla mientras ella lo miraba atrapada bajo el escrutinio de sus ojos.

—Sí, bueno, yo también recuerdo algunas cosas.

Se echó hacia atrás, rompiendo el contacto que estaba causando estragos en sus sentidos.

—Pero eso es lo único que son, recuerdos.

—Sí, pero unos recuerdos muy buenos. Muy, muy buenos. Y lo sabes.

Ella se le quedó mirando mientras intentaba reunir palabras de manera coherente.

—Lo único que sé es que tengo mucho trabajo que hacer y que estar aquí sentada hablando de una historia que ya es pasado es perder el tiempo.

—¿A qué viene esta actitud? Dijiste que hablaríamos por la mañana. ¿Es que no te alegras de verme?

—Hablaremos más tarde. Ahora no tengo tiempo para esto.

Él sonrió.

—No has respondido a mi pregunta.

—¿Sobre los recuerdos, sobre mi actitud o sobre si me alegro de verte?

—¿Qué tal si me respondes a todo?

—Mira, me encantaría charlar, pero tengo unos artículos muy importantes que terminar.

Él se cruzó de brazos y esbozó una tentadora sonrisa.

—Seguro que Lois Lane puede tomarse unos minutos de descanso.

—No, lo siento, no puedo. Estoy ocupada.

Se dispuso a colocar unos papeles para escapar de su intensa mirada y de esa sexy sonrisa.

—¿No tienes un poco de curiosidad?

—¿Sobre qué?

—Sobre la razón por la que estoy aquí. Sobre dónde he estado. Lo que he estado haciendo. Debes de tenerla, porque de lo contrario no habrías pagado una pequeña fortuna por mí anoche.

Suspirando, ella se apartó del escritorio, deseosa de marcar la distancia entre los dos.

—Nunca vas a dejarme olvidar eso, ¿verdad?

—Jamás.

A ella se le encogió el corazón ante el seductor brillo de sus ojos, el mismo brillo que la había llevado a cometer toda clase de locuras seis años antes.

Él siempre había tenido ese poder sobre ella; el poder de enfurecerla, de hacerla enamorarse cuando era lo último que se

esperaba.

—Está bien, tú ganas. Arreglemos esto ahora mismo para que pueda volver al trabajo. No puedes decir en serio que estés dispuesto a pasar conmigo una semana.

Él se inclinó hacia delante y la profundidad de sus ojos azules la dejó sin aliento.

—¿Por qué no? Será divertido.

Kate no tenía tiempo para divertirse. Tal vez las chicas tenían razón y era una adicta al trabajo.

Lógicamente, no debería haber asistido a la subasta si no hubiera querido encontrarse con Ty y ahora que lo había hecho, que él la había besado y que había resucitado unos recuerdos que era mejor volver a olvidar, tenía que librarse de él de una vez por todas.

—Puede, pero no creo que sea una buena idea.

—Yo sí lo creo.

Ty se bajó del escritorio y fue hacia la puerta ofreciéndole una buena vista de ese trasero que tantas veces había tenido la suerte de tocar. Se giró hacia ella antes de marcharse.

—Va a ser genial. Como en los viejos tiempos.

Como en los viejos tiempos.

Unas imágenes de días llenos de diversión en la playa y de largas y ardientes noches haciendo el amor le asaltaron la mente y Kate se preguntó si el tiempo había mejorado esos recuerdos o si en realidad todo había sido tan maravilloso entre los dos.

—¿Katie?

—Mi respuesta es no, Ty.

Parpadeó varias veces con la esperanza de que él no pudiera leerle la mente, como solía hacer.

—Yo también te deseo.

Y con esas palabras, cerró la puerta, dejándola con la boca abierta.

Ese chico era exasperante.

Ese chico era un chulito.

Ese chico tenía razón.

Sí que lo deseaba, con todo su cuerpo, y el sentimiento era mutuo.

—Estás loca —murmuró para sí.

Se puso de pie bruscamente. Si corría tras Ty podría solucionarlo. Él no había aceptado su negativa y tenía que dejarle

claro que lo último que quería era pasar con él la siguiente semana.

Sin embargo, cuando abrió la puerta se topó con su jefe.

—Eh, ¿dónde está el fuego?

Henry Kerr, el editor jefe de Femme, siempre lograba toparse con ella en el peor momento. Es más, Kate estaba convencida de que tenía un radar para localizar problemas y lo tenía sintonizado en su frecuencia.

—Lo siento. Tengo prisa.

Él enarcó una ceja.

—Ya lo veo. ¿Tienes un minuto?

Por su seria mirada, Kate vio que no era una pregunta, sino una orden. Se acabó lo de ir a buscar a Ty.

—Claro. ¿Qué pasa?

Él sonrió y entonces Kate supo que estaba en problemas. Su jefe nunca sonreía a menos que ella hubiera hecho algo mal.

—Ven a mi despacho y te contaré un secreto.

Lo siguió, Henry cerró la puerta, le indicó que tomara asiento y él se sentó detrás de su escritorio.

—Buen trabajo el de anoche, Kate. Realmente bueno.

¿Cómo?

Ella sonrió y asintió, sin tener la más mínima idea de lo que estaba hablando.

—Comprar a ese chico de la Marina fue una genialidad por tu parte. Increíble. Puro oro.

Ahora sabía que algo iba mal. ¿Su jefe estaba impresionado con la mayor estupidez que había cometido en mucho tiempo?

—La publicidad que se le ha dado al tema en los periódicos ya de por sí vale un dineral, pero ¿has visto las fotos que tenemos? Impresionantes. Justo lo que la revista necesita. Una historia real. Muy bien, Kate.

No le gustó cómo sonó.

—Soy editora, no la protagonista de una noticia.

Él se rió.

—Ahí te equivocas. Nuestros teléfonos no han dejado de sonar en toda la mañana. Todos los reporteros quieren hablar con nuestra nueva estrella y les he dicho que se calmen. Que podrán leerlo todo en el siguiente número de *Femme*. Como te he dicho, esto es puro oro.

Ella jamás discutía con su jefe, pero decidió que ésa sería la primera vez.

—Esto no es buena idea. No quiero que mi credibilidad salga dañada. He trabajado mucho para llegar donde estoy. Ya lo sabes.

Gracias a Dios, Henry había dejado de reír, pero la astuta sonrisa que mostraba ahora la preocupaba todavía más.

—No te preocupes por tu credibilidad. ¿Qué podría ser más creíble que te nombraran editora jefe?

—¿Cómo dices?

Esas eran las palabras que siempre había querido oír.

—Ya me has oído. El puesto es tuyo, si lo quieres.

El hombre sonrió como si fuera Santa Claus y, por un momento, Kate creyó que había recibido su mejor regalo de Navidad… hasta que la realidad se impuso.

—Sabes cuánto me gustaría tu puesto, Henry, pero es tuyo.

—Ya no. Me retiro en unos meses y quiero que seas mi sucesora. ¿Qué te parece?

No era broma.

—Si lo dices en serio, lo acepto —dijo antes de relajar los músculos de la cara y esbozar una sonrisa.

—Bien. Entonces, arreglado. Sólo una cosa más.

—¿Sí?

—La revista tiene que publicar la historia de la subasta de anoche.

—¿Estás sobornándome?

Henry sonrió.

—Lo has captado a la primera. Qué me dices, ¿trato hecho?

Era la oportunidad de su vida. Había codiciado el puesto de Henry desde que podía recordar y ahora se lo estaban ofreciendo en bandeja. Y lo único que tenía que hacer era escribir un artículo. ¿Por qué dudaba?

Por Ty.

No quería pasar una semana con él y eso se lo había dejado bien claro.

¿Qué pensaría él si ahora cambiaba de opinión? ¿Se lo tomaría como muestra de que aún lo deseaba?

¿Por qué tenía que ser todo tan complicado? Había querido ese ascenso desde siempre. ¿Por qué conseguirlo tenía que involucrar a Ty? ¿Podía pasar con él la siguiente semana, y soportar todo lo que ello podía conllevar, por el trabajo de su vida?

En el fondo sabía que la respuesta era clara; ella era una chica que sabía adonde quería llegar y nada se interpondría en su camino.

Nada.

—Ya tienes nueva editora jefe.

Estrechó la mano de Henry y, con la otra mano escondida tras la espalda, cruzó los dedos.

Escribir ese artículo significaba pasar tiempo con Ty y posiblemente algo más, mucho más.

Pero no tenía idea de si estaba preparada para ello.

Capítulo 4

Tyler llamó al ascensor golpeando los botones y deseando que esa maldita cosa se moviera más rápido. Odiaba los rascacielos. Preferiría realizar operaciones de rescate todos los días. Los edificios lo asfixiaban, lo hacían sentirse fuera de lugar, y ya llevaba toda la vida sintiéndose como si no perteneciera a ninguna parte.

Sin embargo, su fobia a los edificios se disipó cuando entró en el ascensor y visualizó una sexy imagen de Kate que había quedado grabada en su cerebro; en ella, la veía sentada tras su escritorio con el pelo peinado hacia atrás y su sensual cuerpo enfundado en un traje rojo.

No podía sacársela de la cabeza y aunque aún no entendía por qué había pujado por él, no le importaba. No se cuestionaría el porqué de ese inesperado regalo. Porque eso era lo que sería pasar la siguiente semana con ella. Un regalo.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron para dejarlo salir, su teléfono móvil vibró contra su cadera.

—¿Diga?

Cruzó el vestíbulo, ansioso por salir al exterior y sentir el cálido sol de California antes de verse tentado a volver al despacho de Kate y convencerla de que su escritorio podía ser empleado para actividades mucho más divertidas que el trabajo.

—¿Ty?

—Ya me echas de menos, ¿eh?

Ella se detuvo y por un instante él deseó que le respondiera: «Y tanto».

Pero había tantas probabilidades de que eso sucediera como de poder volver a su actividad como soldado.

—Me preguntaba si estarías libre para almorzar.

Oyó la incertidumbre en su voz y se preguntó que había sido de la Kate batalladora y segura de sí misma.

—¿En qué has pensado?

Ella suspiró; fue un pequeño sonido que provocó una reacción en su entrepierna.

—¿Qué te parece si nos vemos en la playa de Venice?

Ty agarró el teléfono con fuerza y se preguntó si Kate recordaría la primera vez que la había llevado allí y cómo aquel día había

terminado en una inesperada explosión de pasión en la parte trasera de su todoterreno. Kate lo había hecho volverse loco de deseo y parecía que eso no había cambiado.

—Bien. ¿A qué hora?

—¿Al mediodía? ¿En Whippy's?

Sí, Kate recordaba aquel día muy bien.

—Hecho.

Ahora Ty sólo tenía que intentar mantenerse frío y no abalanzarse sobre ella como le habían estado pidiendo sus instintos desde que la había vuelto a ver.

—Hasta luego, entonces.

Kate adoraba el ambiente de la playa de Venice. El lugar estaba lleno de vida a cualquier hora del día o de la noche y solía ir allí a empaparse de su agradable atmósfera y a darse el placer de su pasatiempo favorito: observar a la gente. Esa era la parte de Los Angeles, que más la motivaba, tanto como el chico que le había mostrado esa zona de la ciudad.

Él caminaba hacia ella enérgicamente y Kate no pudo hacer más que mirar y regalarse la vista con esa impactante imagen de Ty con vaqueros caídos y camiseta de algodón blanca.

—Hola.

Ella sonrió mientras deseaba que el corazón dejara de golpearle el pecho.

—Hola. Te has cambiado.

Le recorrió el cuerpo con la mirada y se detuvo en sus pechos durante un segundo antes de pasar a su boca.

«Y tú te has dado cuenta», pensó ella.

—Sí, bueno, el modelito de empresa no pega mucho aquí en la playa.

Él se rió y ese sonido la bañó de una calidez más intensa que la de los rayos del sol.

—Prefiero lo que llevas ahora.

Kate tragó saliva intentando calmar la tensión que sentía en los músculos de su garganta. Los pantalones de bolsillos, la camiseta rosa y las deportivas eran la única ropa que llevaba en la bolsa del gimnasio para cambiarse después de hacer ejercicio. No era material diseñado para la seducción.

Pero ¿quién estaba hablando de seducción?

—¿Te apetece un helado? —le preguntó, ansiosa por romper la tensión que los envolvía, esa misma tensión que la había llevado a cometer locuras como pujar por él en una subasta pública, esa misma tensión que siempre había existido entre los dos.

—Sí, me vendría bien algo para refrescarme.

Genial. ¿Estaba Ty queriendo decir que ardía por ella o era un simple comentario sobre el clima en Los Angeles?

—¿Lo mismo de siempre?

Ella asintió, preguntándose cómo él podría recordar un pequeño e insignificante detalle como el sabor de su helado favorito.

Después de pedir y pagar los helados, Ty le entregó su cono de chocolate y menta y, al hacerlo, sus dedos se rozaron. Una carga eléctrica le recorrió el brazo y bien podría habérsele caído el helado si Ty no se hubiera apartado tan rápidamente.

Al final iba a resultar que no la deseaba tanto. Antes debía de haberse referido al clima de la ciudad.

—Mmm… —exclamó Kate al lamer la bola de helado. Y, al ver a Ty con la mirada centrada en su boca, añadió—: ¿No te parece el mejor helado del mundo? —recorrió con la lengua el borde del cono antes de lamerse los labios bajo su ardiente mirada.

En ese mismo momento, a Ty se le cayó el helado al suelo.

—Oh —dijo ella intentando contener la risa.

—Qué pena. Ahora tendré que comer de tu helado.

En un instante le había cubierto la mano con la suya y se había llevado su helado a la boca. Ahora le llegó el turno a Kate de ver a Ty lamer el helado en lo que podría ser descrito como una forma extremadamente indecente de comer un postre en público.

—No está mal —dijo él arrastrando las palabras y sin soltarle la mano.

Kate perdió la noción del tiempo, no podría haber dicho cuánto estuvieron allí de pie, con las manos alrededor del cono. Pareció una eternidad, y entonces lo supo.

Ese hombre iba a desbaratar su mundo otra vez.

Cuando Ty la soltó y se apartó, la dejó invadida por una sucesión de escalofríos, a pesar del calor del mediodía.

—Supongo que no querías que nos viéramos aquí sólo para comerte un helado.

—Esperaba que pudiéramos hablar.

—¿Sobre?

—Sobre la semana que tenemos por delante. Y sobre el derecho

de una mujer a cambiar de opinión.

—Esto parece interesante —Ty se sentó en un banco cercano y le indicó que se sentara a su lado—. Supongo que tenía razón.

—¿Sobre qué? —pero, por su mirada, enseguida supo que se refería al comentario que él había hecho sobre el hecho de que lo deseara tanto como él a ella.

—Creo que estás exagerando. No es para tanto, tal vez podamos reírnos de los viejos tiempos.

¿Qué no era para tanto? ¿Pero a quién pretendía engañar? Pasar una semana con el chico más sexy del planeta sí que era para tanto, aunque él intentara restarle importancia.

—De acuerdo, he cambiado de opinión, pero además estaba preguntándome si me harías un favor.

—Depende de lo que sea —le respondió con una picara sonrisa.

Ella respiró hondo, pero no habló.

—No sé leer la mente, Katie, así que dispara. No puede ser tan malo, ¿verdad?

De pronto, Kate revivió en su mente la primera vez que habían estado allí juntos y un rubor le cubrió las mejillas al recordar hasta dónde habían llegado aquella noche y lo increíblemente bien que Ty la había hecho sentir.

—¿Katie?

Cuando Ty la miró fijamente, un deseo irracional la hizo inclinarse hacia él y besarlo.

—Esto es una locura —murmuró él mientras sus labios se fundían en un intenso fuego.

Ella deslizó las manos sobre su pecho, sintiendo esos duros músculos bajo el algodón de la camiseta.

Ty tenía un sabor delicioso a menta y chocolate y temía que le hiciera perder el control.

Ese no era un beso normal y corriente.

Tampoco era como el beso de la noche anterior.

Era distinto y sabía que en esa ocasión no se sentiría satisfecha hasta no tenerlo todo de él.

Un instante después, Ty interrumpió el beso.

—Tienes razón. Definitivamente esto es una locura —dijo Kate mientras deslizaba el pulgar sobre su labio inferior.

—Harás que nos arresten —le susurró Ty con una sonrisa—, pero ¿qué demonios? Con un poco de suerte, nos encerrarían juntos, y ¿no sería divertido?

En lugar de disminuir, el calor que invadía su cuerpo no hizo más que intensificarse ante esas palabras.

—Mira, acepto toda responsabilidad por haber participado en la locura que acabamos de cometer hace un segundo, pero ¿podemos volver al tema por el que te he pedido que vinieras?

—Está bien, dispara. ¿De qué se trata ese favor?

—Tengo un trabajo para ti.

¿Seguro que no se mostraría reacio a la idea de que se escribiera un artículo para la revista? Sabía lo que su carrera significaba para ella. Después de todo, había sido uno de los principales motivos por los que se habían separado, el deseo de ambos de dejar su huella en el mundo.

El soldado y la periodista conquistando el mundo, y en esa ocasión él podría ayudarla a asegurarse el trabajo de su vida, el mismo trabajo que la mantendría ocupada cuando Ty saliera de su vida al terminar la semana y ella intentara olvidar, una vez más, a ese increíble hombre.

—¿Eso implica tener que estar atado a ti otra vez?

—Sólo si eres muy bueno.

Él se levantó, le tendió la mano y la levantó llevándola contra su cuerpo y robándole el aliento.

—Cielo, cuando soy bueno, soy muy, muy bueno. Y cuando soy malo… soy aún mejor.

Capítulo 5

Kate tenía toda la semana planeada.

Trabajaría desde casa, recopilaría la información que necesitaba para completar el artículo sobre la subasta de hombres para la revista mientras satisfacía la intensa curiosidad sobre Ty que había estado ardiendo dentro de ella desde que había visto su nombre en el listado de la subasta.

Cuanto más tiempo pasaba con Ty, más necesitaba saber de él. Y su innata curiosidad, que tan bien le venía para su trabajo, se había intensificado a cada segundo que habían pasado juntos y no podía concentrarse en nada ya que él estaba inundando su mente.

El timbre de la puerta sonó, interrumpiendo sus pensamientos y el pulso se le aceleró.

Después de respirar hondo, abrió.

—No has tardado mucho en hacer las maletas.

Él alzó una pequeña bolsa de viaje y sonrió.

—No creí que fuera a necesitar mucha ropa.

—Pasa —logró decir, conteniendo el aliento cuando él le rozó su brazo desnudo al pasar—. Poca ropa, ¿eh? Me parece que tenemos que hablar sobre lo que esperas de esta semana.

—Eh, yo no espero nada. Soy tu chico de los recados, tú mandas. Es así de sencillo.

Miró a su alrededor con una sonrisa.

—Tienes una casa muy bonita. No es lo que me esperaba.

—¿Y qué te esperabas?

Había esperado que le gustara su casa porque para ella no era simplemente un montón de ladrillos, sino un verdadero hogar. Un lugar que le daba seguridad y que nunca había tenido mientras crecía con su distante madre en su deprimente casa.

—Supongo que me esperaba algo diferente, por eso de que está en Beverly Hills.

—Sólo porque el código postal sea 90210, no significa que tenga que vivir en una mansión. Yo no soy una estrella de cine.

Mientras hablaba, Ty le recorría el cuerpo con la mirada. Ella se aclaró la voz, nerviosa, y se dio la vuelta antes de llegar a cometer una estupidez como lanzarse a sus brazos.

—¿Por qué no te pones cómodo?

—¿Cómo de cómodo quieres que me ponga?

Ella se detuvo en seco, sin recordar por qué estaba dirigiéndose a la cocina.

—Considera este lugar como tu casa durante la próxima semana, así que puedes estar como prefieras.

Bien, había logrado devolverle su indirecta.

—Pues últimamente voy desnudo por casa.

—Por mí, no hay problema. Pero me he aficionado a la esgrima y tengo la rara costumbre de practicar dormida.

Él se rió y ese intenso sonido la envolvió con una familiar calidez.

—Gracias por la advertencia, pero tengo que decirte que soy bastante hábil con una espada.

Ella se rió con él.

—En esgrima se le llama «estoque», no «espada». ¿Quieres beber algo?

—No, gracias.

Kate se encogió de hombros, preguntándose por qué él seguía de pie.

—¿Y quieres alguna otra cosa?

—Te quiero a ti.

Cuatro palabras pronunciadas con tanta suavidad que en un principio Kate pensó que las había imaginado.

—Tenemos que establecer unas reglas —dijo ella, incapaz de moverse mientras Ty caminaba hacia ella.

—Tengo que besarte.

—Ty, yo…

—Tengo que hacerlo.

La besó. Había estado deseando ese beso desde que ella había abierto la puerta y la había visto con esa camiseta descolorida de los Lakers, unos vaqueros cortos, los pies descalzos, una sonrisa nerviosa jugueteando sobre su boca y una mirada de incertidumbre en sus ojos avellana. Una mezcla embriagadora de contrastes cargados de sensualidad.

Pero no, no sólo deseaba un beso, la deseaba a ella, deseaba tenerla en sus brazos durante más de un minuto y, tal vez, durante más de una semana.

Y eso lo asustaba.

Además, no podía hacerle eso a Kate. Ella se merecía alguien mucho mejor que un tipo que no tenía la más mínima idea de lo

que esperar de la vida y que probablemente perdería su trabajo en cuestión de una semana. Ella se merecía algo mucho mejor.

Pero concentrándose en el presente, deslizó las manos bajo su camiseta y acarició la suave piel que cubría sus pechos.

—Te he echado de menos —murmuró contra su pelo a la vez que inhalaba la familiar fragancia floral de su champú.

Gardenias. Recordaba el aroma impreso en las sábanas, en las almohadas, en sus camisas, allí donde ella posaba su cabeza.

—Dime qué es lo que quieres, Katie —murmuró antes de volver a besarla.

Nunca se había sentido igual con ninguna otra mujer. Ella lo excitaba con sólo una mirada, con un movimiento de su cabello color chocolate, con el brillo ámbar de esos ojos y, durante los instantes en que Kate le devolvió el beso, le hizo olvidar la culpabilidad que había sentido por la mentira que le había contado al alejarse de ella seis años atrás y el vacío constante que eso le había provocado.

Poniéndole las manos en el pecho, Kate lo apartó ligeramente.

—Quiero que vayamos despacio.

—Supongo que tienes razón al decir que fijemos unas reglas —respondió él metiéndose las manos en los bolsillos para evitar volver a acariciarla mientras ella se bajaba la camiseta.

—¿Por dónde empezamos?

—Las mujeres primero.

Asintiendo, ella se sentó en un cómodo sillón, el que estaba más apartado de él, mientras que Ty se sentó en el sofá y miró a su alrededor, admirando la calidez que desprendía esa bonita casa de estilo español.

Era el hogar de Kate, su santuario, y él era un intruso que durante siete días le daría prioridad a sus deseos por encima de los de Kate. ¿Y quién podría culparlo teniendo en cuenta a lo que tendría que enfrentarse a la semana siguiente?

—Vamos, tú eres la jefa. Seguiré tus órdenes.

—Está bien. Regla número uno: tú te ocupas de tus cosas.

—Entendido.

—Regla número dos: esta semana tengo que trabajar en un gran artículo y no puedo tener distracciones.

—Entendido.

—Regla número tres: tienes que controlar eso de estar besándome todo el tiempo.

—Pero tú me has devuelto los besos.

Kate se levantó del sofá bruscamente y comenzó a caminar de un lado a otro del salón.

—Sí, bueno, tal vez he pasado tanto tiempo volcada en mi trabajo que he perdido el control con el primer chico aceptable que me he encontrado.

—¿Así que crees que soy aceptable? —preguntó, y se recostó en el sofá estirando los brazos y sonriendo con petulancia.

—Creo que eres un fastidio.

Se echó el pelo sobre los hombros y Ty pudo comprobar que sus gestos no habían cambiado en seis años.

—Y yo creo que aún sientes algo por mí, pero no lo utilizaré en tu contra.

Kate se quedó sin respuesta. Quería decirle que se equivocaba, que no podía estar más equivocado, pero no podía. No podía cuando su cerebro seguía aturdido por su chispeante beso.

Tenía que pensar con claridad. Se giró hacia él y se colocó el pelo detrás de las orejas.

—Piensa lo que quieras, pero hay otra cosa más de la que tenemos que hablar.

—Ah… el misterioso favor del que al final no logramos hablar… Vamos, cuenta.

—Necesito tu ayuda. Mejor dicho, tu aportación. Mi jefe quiere que escriba un artículo sobre la subasta de hombres.

—Parece bastante fácil. ¿Qué tengo que hacer yo?

Si Ty aún valoraba su intimidad como antes, Kate sabía que no le gustaría lo que vendría a continuación.

—Eh… el artículo trata sobre ti y sobre mí.

—¿Cómo que sobre ti y sobre mí?

Le dolió oír esas palabras más de lo que podría haber imaginado.

—Necesito que seas parte de este artículo. Sin tu ayuda, no podré hacerlo.

—Eso depende de hasta dónde tenga que llegar.

—Tendrás que llegar muy lejos.

Él enarcó una ceja y con picardía le preguntó:

—¿Estamos hablando sólo del artículo?

—¿Tú qué crees?

¿Pero qué estaba haciendo? ¿Por qué le seguía el juego? Ella misma había puesto las reglas, ¿qué demonios le pasaba?

Después de lanzarle una mirada cargada de fuego, Ty fue hacia

la puerta.

—Está bien, lo haré, pero ahora mismo tengo que salir de aquí porque, de lo contrario, voy a saltarme la regla número tres. Prefiero alejarme de la tentación durante un rato. Luego nos vemos.

Y le lanzó un beso antes de marcharse.

Tyler dio marcha atrás y se alejó con su Porsche.

Siempre que estaba cerca de ella, no podía evitar excitarse, y en lugar de apartarlo, Kate lo provocaba más todavía.

Ella siempre se había entregado a él incondicionalmente y por el modo en que había respondido a sus besos, parecía que nada hubiera cambiado. ¿Podrían pasar juntos la semana y después separarse sin sufrir?

Tal vez ella sí. Después de todo, sólo estuvieron juntos unos meses y llevaban años separados. Ahora se la veía muy segura de sí misma mientras que por aquel entonces él había sido su apoyo cuando dejó Australia y aterrizó allí con la esperanza de conocer por fin a sus abuelos norteamericanos y de triunfar en el mundo del periodismo. ¿Tal vez la nueva Kate podía enfrentarse a todo?

Si podía, entonces era más valiente que él ya que se temía que la siguiente semana lo pondría a prueba y sería más de lo que podría soportar.

Al menos Kate le había dejado claro qué quería sacar de esa semana. Necesitaba su ayuda para un estúpido artículo. Ya sabía que no habría querido estar con él por su encanto y por su personalidad.

Mientras se dirigía a Melrose, se preguntó si ella recordaría cuando paseaban juntos por la zona, entraban en las tiendas de ropa *vintage* y se tomaban una hamburguesa en su restaurante favorito. Durante un tiempo habían sido inseparables y Ty tenía la intención de recuperar esos momentos con su sexy exnovia durante la siguiente semana.

Sonriendo, giró el volante y se detuvo en la puerta del orfanato. Sí, la ayudaría, pero si esperaba que iba a ceñirse a todas las reglas, sobre todo a ésa que decía que tenía que mantener las manos apartadas de ella, ya podía ir haciéndose a la idea de que no sería así.

Los niños jugaban bajo un roble; recordó el momento en que él entró por esas mismas puertas cuando era un pequeño aterrorizado.

Una mujer se apartó del grupo y fue hacia él mientras Ty aprovechaba para estirar la rodilla. Debería haber vendido el coche hacía años, pero su maldito orgullo se lo había impedido ya que lo consideraba el último símbolo de su fortaleza y era el único lujo que se había permitido; era el deseo cumplido de un pobre niño que había crecido en la ciudad de los sueños.

—Eh, cuánto tiempo sin verte.

Ty extendió los brazos con la certeza de que, le pasara lo que le pasara, Mary Ramone, a quien conocía desde que eran niños, tenía el poder de hacerle sentir mucho mejor.

—Sí, ha pasado mucho tiempo. ¿Has estado ocupado con el trabajo? ¿Con ese Curso de Tácticas de Contraterrorismo?

—Tienes buena memoria, ¿eh? Aunque ya va siendo hora de que la emplees para otra cosa que no sea el abecedario.

Ella se agarró a su brazo y juntos se dirigieron al interior del edificio que una vez había sido su hogar.

—Ya sabes que adoro trabajar aquí.

—¿Pero no quieres ampliar tus horizontes? ¿No quieres ver lo que te depara la vida fuera de estas cuatro paredes?

Él sí que había querido. En cuanto pudo se había marchado del orfanato para alistarse a la Marina, ansioso por recorrer el mundo y convertirlo en un lugar mejor que ése en el que había crecido.

—Adoro a los niños y no me imagino en otro lugar mejor que éste.

—Sí, pero has pasado aquí toda tu vida. Si tuviéramos más dinero, alguien podría dirigir este sitio y tú serías libre de hacer lo que quisieras.

—Sí que necesitamos más dinero, de lo contrario estas puertas cerrarán para siempre y los niños y yo nos veremos en la calle.

—¿No hay nada más que pueda hacer?

Ella le acarició la frente.

—Ya haces bastante.

—Necesitamos dar a conocer este sitio, tenemos que hacer a la gente consciente de que… —continuó como si no la hubiera oído.

—¿Te apetece beber algo?

Ya estaban en la cocina, donde Mary se dispuso a preparar la cena para los niños. Ella siempre había cuidado de él desde el día en que entró en el orfanato. No le sacaba más que once meses y aun así se había ocupado de él como una madre.

—No, gracias. Mira, tengo que irme corriendo. Ya nos veremos.

La besó en la frente y salió por la puerta ignorando el comentario de su amiga.

—¡Pero si acabas de llegar!

Ty tenía un plan y cuanto antes se lo explicara a Kate, mejor.

Kate encendió la última vela y se apartó de la mesa.

Por mucho que se dijera que la semana que tenía por delante únicamente formaba parte de su trabajo, en el fondo sabía que acabaría cruzando los límites, que se arrojaría a los brazos de Ty y que entonces ya no habría vuelta atrás.

Su casi desesperada respuesta a los besos de Ty había sido prueba de ello.

Lo deseaba. Mucho. Con locura. Desesperadamente.

No podía sacárselo de la cabeza, y tenerlo en su casa durante una semana sería una tentación más grande de la que podía y quería soportar. ¿Pero en qué había estado pensando al poner esas reglas? ¿Por qué no aprovechar la semana que pasaría con Ty?

Sería muy divertido descubrir si aún existía entre ellos la pasión que habían vivido una vez. Pero ¿sería inmune a él desde el punto de vista emocional? Pasar tanto tiempo con él podría ser peligroso en ese sentido. ¿Podría separarse de él al terminar la semana?

¿Y si el sexo con Ty era tan bueno como recordaba… o mejor aún?

¿Era lo suficientemente fuerte como para separarse de él una segunda vez?

Pero bueno, sólo había un modo de averiguarlo.

Miró a su alrededor para asegurarse de que todo estaba perfecto. Las lámparas de Tiffany desprendían una tenue luz sobre la habitación y las velas creaban unas agradables sombras sobre la mesa para dos.

Ty se reiría si comparaba ese escenario con las comidas que habían compartido juntos hacía años. Por entonces habían comido pizzas directamente de la caja, y rara vez sobre la mesa, al preferir saborear la mozzarella de sus dedos sobre la cama antes de pasar a centrar la atención en otras cosas.

El recuerdo la hizo sonreír y antes de poder descorchar el vino, el timbre sonó. Se secó el sudor con una servilleta, se colocó la falda y abrió la puerta.

—Hola. ¿Te apetece comer algo?

—Tengo que advierte que estoy hambriento.

La intensa mirada de Ty al responder partió de sus pies y fue subiendo lentamente dejándole muy claro que quería empezar por el postre.

Capítulo 6

Tyler pensaba que conocía a Kate, pero en el momento en que ella le abrió la puerta llevando a modo de vestido una escueta tela, cambió de opinión.

Cuando se había marchado un rato antes Kate parecía estar diciéndole: «Lárgate de aquí».

¿A qué venía ese vestido de vampiresa?

La suave tela azul se ceñía a cada curva de su cuerpo para terminar justo por encima de su rodilla y acabar atado alrededor de su cuello.

Si quería tentarlo, volverlo loco, sin duda lo estaba haciendo muy bien.

—Estás increíble. ¿Te has vestido así para mí?

—Sólo si tienes suerte, marinero. ¿Te apetece un poco de vino?

—Sí. Pero ¿te importa que primero me dé una ducha rápida?

—Está allí al fondo. Te he llevado la bolsa a la habitación que está libre. Es la segunda puerta a la izquierda. Las toallas están en el baño.

Ty había estado deseando despertarse a su lado a pesar de que ella había fijado unas reglas de convivencia muy claras. Pero, en cambio, Kate lo había mandado a una habitación al otro lado del pasillo.

—Gracias —le dijo él admirando sus largas piernas desnudas, acentuadas por unos zapatos negros de tacón de aguja, antes de ir a darse una ducha. Una larga y fría ducha.

No lo entendía.

Si Kate había insistido en que se cumplieran las reglas, ¿por qué le estaba enviando mensajes equivocados? Respondía a sus besos, flirteaba con él y ahora esa cena y su aspecto de ensueño.

No sabía qué pensar y, mucho menos, cómo actuar.

Kate esperó a que Ty saliera de la habitación antes de dejarse caer en la silla con una copa de vino en la mano.

Había fracasado, había intentado hacerle ver que quería saltarse la regla número tres, pero no lo había logrado.

Estaba claro que a Ty le había gustado su atuendo, pero no parecía haberle importado lo más mínimo tener que dormir en otro dormitorio. Sin embargo, ella había esperado que hiciera algún

comentario al respecto; había esperado que agarrara su bolsa y se metiera directamente en su dormitorio.

Ahora tendría que decirle lo que quería, pero eso podría resultar muy embarazoso.

«Ah, por cierto, Ty, ¿recuerdas la regla número tres? Pues olvídala. Aún me siento atraída por ti, así que, ¿por qué no pasamos los próximos días poniéndonos al día en todos los aspectos?».

Como si pudiera decirle algo así.

Pero ¿por qué era tan difícil? No tenía ningún problema en ser directa en el terreno laboral, ¿por qué no podía decirle a Ty directamente lo que quería?

Después de todo, él la había besado en varias ocasiones durante las últimas veinticuatro horas y flirteaba sin cesar.

Molesta por su indecisión, intentó ignorar el sonido de la ducha poniendo un CD. Pero por desgracia, no logró sacarse de la cabeza la imagen de Ty desnudo con el cuerpo cubierto de agua.

Se bebió el vino, se centró en la suave melodía del jazz, pero nada de eso la ayudó. Se recostó en el sillón y cerró los ojos.

—Trabajas demasiado.

Ty entró en el salón envuelto en el aroma a sándalo del jabón que Kate tenía en el baño de invitados.

—Gajes del oficio.

Kate intentó relajarse cuando él le puso las manos en los hombros y comenzó a darle un masaje.

—Estoy muy tensa —murmuró ladeando el cuello para darle mejor acceso.

—Pues relájate.

Él hizo más presión con sus pulgares y ella emitió un gemido de placer.

—Oooh… sí. Justo ahí.

Cuando él se detuvo, le dijo:

—No te he dicho que pares.

—Sí, jefa.

Kate no podía pensar con claridad mientras él seguía masajeándola.

—¿Cómo sabes tocar los puntos exactos?

—Tu cuerpo habla a gritos.

—¿Y qué crees que está diciendo ahora?

Contuvo el aliento cuando los dedos de Ty engancharon el nudo del vestido y deseó no haberse tomado la copa de vino con el

estómago vacío.

—Lo que tu cuerpo sugiere no está recomendado para menores de edad —dijo, y la besó en el cuello—. Eres increíble, Katie, pero no quiero que me acuses de volver a romper las reglas y menos en mi primer día.

Cuando Ty se separó y fue hacia la mesa, su cuerpo echó en falta su tacto, tanto que casi le dolió, y su cerebro no logró procesar cómo él podía desconectar tan rápidamente cuando hacía un segundo había estado a punto de desabrocharle el vestido.

—Has puesto una mesa muy bonita. ¿Qué hay para cenar?

Retiró una silla y miró a Kate con una picara sonrisa, como si pudiera leerle la mente.

—Espaguetis a la marinera. Ensalada. Nada demasiado ostentoso.

Ya que sus huesos casi se habían disuelto bajo sus expertas manos, Kate prácticamente llegó tambaleándose a la mesa.

—¿Qué tiene tanta gracia?

Él se rió, un alegre sonido que evocó recuerdos de lo mucho que solían reírse juntos, de lo mucho que se habían divertido en su breve relación.

—Siéntate. Yo voy a por la cena.

Agradecida, Kate se dejó caer en la silla y se aseguró de evitar la botella de vino. Ya había tomado suficiente.

Además, si iba a tener el valor de decirle lo mucho que lo deseaba y acababan divirtiéndose juntos, quería poder recordarlo.

—Qué educado. Debes de haber tenido un buen maestro.

—Uno de los mejores —entró en la cocina sintiendo una fuerte tensión en los hombros.

Durante su breve relación, él nunca había mencionado nada sobre la familia y ella tampoco le había preguntado, de modo que lo único que sabía de él era que se había criado en Los Angeles, que le gustaba tomar huevos para desayunar, en qué lado de la cama le gustaba dormir y cuántas veces podía complacerla en una noche.

—¿Fue tu madre la que te enseñó?

Obtuvo un silencio como respuesta.

—¿Ty?

—No.

Fue hacia la mesa llevando platos llenos de pasta y cubiertos de salsa de marisco.

—Entonces, ¿quién?

Él la ignoró una vez más y volvió a entrar en la cocina para regresar con la ensalada.

—¿A qué vienen tantas preguntas?

—Es sólo curiosidad. Hace seis años que no hablamos mucho —dijo con la esperanza de que eso le sirviera para romper el hielo y pasar a decirle lo que quería.

—En eso tienes razón.

—A lo mejor ésta es una buena oportunidad para que… bueno… hablemos. Por los viejos tiempos.

Él levantó la cabeza y la miró.

—¿Sabes cómo suena eso?

—Ajá —y señalando su vestido, añadió—: Supongo que esperaba que esto te dijera que no soy tan estricta con las normas, pero no lo has captado, así que tal vez tendré que decírtelo más claro.

—No tienes que decirme nada. Sé que me deseas tanto como yo a ti, pero ¿estás segura? Cuando esta semana llegue a su final, saldré de tu vida. ¿Estás absolutamente segura de que quieres concentrarte en el presente?

¡Claro! No quería pensar en el futuro, sólo quería siete días para soltarse la melena por una vez y divertirse con el hombre más sexy que había conocido nunca. Sin embargo, oír a Ty decir como si nada que lo suyo no duraría más que una semana, le hizo mucho daño.

—Estoy segura —murmuró apretándole las manos.

Sacudiendo la cabeza, él se recostó en la silla con una mirada de confusión y deseo.

—Seré sincero contigo, Katie. No lo entiendo. Los dos tomamos la decisión de terminar nuestra relación hace seis años. Teníamos unas carreras que forjar, lugares a los que ir, cosas que hacer. Después apareces de pronto, me compras en una subasta, me dices que me vaya a paseo, después cambias de opinión y desde entonces nos ha costado no tocarnos. ¿Qué está pasando? ¿Estás segura de que serás feliz con una aventura de una semana?

Suspirando, Kate le soltó las manos y levantó su copa de vino. Un sorbito más no le haría daño.

—¿Quieres que te diga la verdad? Estoy casada con mi trabajo. Hace mucho tiempo que no salgo con nadie. Y cuando vi tu nombre en la lista de la subasta, sentí curiosidad. Creí que podríamos charlar y ponernos al día mientras tomábamos una copa. Después bebí demasiado champán, perdí la cabeza, te compré y aquí

estamos.

—¿Así que estás aburrida y quieres divertirte?

Ella asintió.

—En resumen, sí.

Tras unos segundos de silencio durante los que se sintió la chica más tonta del mundo, él sonrió.

—No has cambiado nada. Nunca dejaste de sorprenderme y parece que nada ha cambiado.

Llena de una indescriptible satisfacción por el hecho de que él no se hubiera reído de ella, levantó el tenedor y jugó con su pasta.

—Pues creo que te sorprenderías. Puede que haya cambiado en muchos aspectos interesantes.

—¿Es eso verdad?

La miró con tanta intensidad que Kate soltó el tenedor. Había perdido el apetito. No podía comer cuando la miraba así, como si quisiera devorarla a ella en lugar de al menú que había preparado.

—Sí, pero tal vez deberías terminarte la cena. Ya sabes, para estar fuerte.

—Con eso no tengo ningún problema, deberías saberlo —dijo él sonriendo.

—Sí, pero ahora estás más viejo, probablemente más deteriorado. Tal vez un buen plato de pasta te suba los niveles de energía.

En lugar de reírse, tal y como Kate se había esperado, Tyler se mostró algo inquieto ante ese comentario.

—En lo de deteriorado tienes razón. Desde que me destrocé la rodilla saltando de un helicóptero y tuvieron que reconstruírmela, no he sido el mismo.

—Sólo era una broma —dijo ella. No le gustó el cariz serio que había tomado su conversación.

—Ser instructor no tiene la misma actividad —dijo él con gesto sombrío y casi para sí—. Pero seguro que no quieres oír historias aburridas sobre un soldado marcado por la batalla.

—Me interesa saber qué te ha sucedido en todo este tiempo —le dijo con la esperanza de que se abriera más de lo que lo había hecho seis años atrás.

En aquella época se había mostrado muy reservado en lo que respectaba a su trabajo y había preferido concentrarse en hacerla reír en lugar de explicarle por qué había elegido uno de los trabajos más peligrosos del mundo.

—Hablando de trabajo, tengo que pedirte un favor. Responderé a todas tus preguntas del artículo si escribes un artículo sobre el orfanato. Uno grande. Que tenga cobertura.

A Kate le sorprendió el cambio de tema, pero se alegró de ver que el rostro de Ty se había animado.

—¿Hablas en serio?

—Completamente. ¿Crees que puedes hacerlo?

—¿Por qué?

—Es personal.

En seguida Kate pensó que tenía que tratarse de una mujer. ¿Qué otra cosa podía ser?

Y no le importaba. No debía importarle.

Pero no era así, y el sorprendente dolor que sintió en su corazón era prueba de ello.

—Primero tengo que estudiarlo para ver si es un tema que merezca la pena tratar. ¿Por qué no me llevas allí mañana?

—Me parece bien —levantó su tenedor y lo metió en el plato de pasta—. Ahora lo mejor será que me ponga a comer. Ya sabes, para mantenerme fuerte y todo eso.

Kate sonrió, aunque por dentro se sentía algo inquieta.

Hacía un momento se había sentido pletórica al pensar en la semana de diversión que pasaría junto a Ty, pero la petición que le había hecho lo había empañado todo.

Ty tenía una vida donde ella no entraba y la verdad se impuso.

No conocía a ese hombre. Nunca lo había hecho.

Y una semana no era suficiente.

No para ella.

Capítulo 7

—Bonito coche —dijo Kate sonriendo.

—Es sólo un Porsche.

La infantil sonrisa de Ty le dijo lo mucho que adoraba ese coche. Le abrió la puerta recordándole sus perfectos modales y el modo en que la había hecho sentirse como una reina. Ya no había muchos chicos así y a ella le gustaban, por muy independiente y autosuficiente que fuera.

—Sí, ya, sólo un Porsche elegante, poderoso y hecho para la velocidad.

Él sonrió más todavía al arrancar.

—Se parece un poco a mí, menos en lo de la velocidad. Yo prefiero tomarme las cosas despacio.

Ella enarcó una ceja.

—Pues a mí no me lo ha parecido.

Por mucho que lo intentaba, no podía sacarse de la mente sus abrasadores besos.

Ty se concentró en la carretera.

—¿Hemos hecho ya el amor?

—No —respondió ella sonrojada.

—¿Lo ves? Yo voy despacio.

—Sí, muy despacio.

Un calor le recorrió el cuerpo ante el delicioso recuerdo de lo despacio que Ty podía tomarse las cosas.

Había sido un maestro del amor, había sabido exactamente cómo complacerla, cómo hacerle desearlo tanto hasta perder la razón.

¿Seguiría siendo tan buen amante?

Ese pensamiento le subió la temperatura corporal unos grados más mientras contenía las ganas de acercarse a él y acariciarle el muslo.

Adoraba verlo vestido con vaqueros por el modo en que se ceñían a ciertas zonas de su cuerpo. Había pasado toda la noche despierta dando vueltas en la cama mientras a escasos metros había dormido su sexy ex. El mismo que había flirteado todo el tiempo, el mismo que le hablaba con tanto deseo en la mirada.

La cena había terminado de una forma sorprendentemente casta,

aunque se sentía aliviada de haberse confesado.

—Tienes una casa fantástica. Es un verdadero hogar.

—Mis abuelos la construyeron cuando se casaron. Fueron actores y la casa no se ha reformado desde entonces. Por eso es muy sencilla comparada con el resto de casas de Beverly Hills.

—Me gusta. Es agradable y cómoda, la clase de lugar en el que te gusta estar.

Ese comentario la emocionó más de lo que debería. ¿Por qué debería importarle lo que pensara de su casa? Saldría de ella en una semana sin mirar atrás.

—Gracias. Me sentí así en el momento en que entré en ella.

Le había encantado vivir con sus abuelos, que la habían cubierto de afecto y amor durante el breve periodo que pasó con ellos.

—¿Cómo te encontraste con tus abuelos?

—Cuando tú y yo nos separamos, los busqué. Apenas conocí a mi padre y tengo poco que agradecerle a excepción de que me dio la ciudadanía norteamericana. Pero sabía que sus padres vivían en Beverly Hills, así que los busqué en el listín telefónico, los llamé y me recibieron con los brazos abiertos. Viví con ellos hasta que murieron, con pocos meses de diferencia.

La voz le tembló ante el recuerdo. Por alguna razón, la gente que amaba o moría o la abandonaba y volver a ver a Ty abrió unas heridas que pensaba que llevaban tiempo curadas.

—Decir lo siento me parece bastante inapropiado ahora mismo.

Ty se giró para mirarla al detener el coche y lo que Kate vio en sus ojos fue compasión y empatía.

Cuando Kate miró a su alrededor y vio las puertas del orfanato, el viejo roble y el edificio de piedra, lo supo.

—Creciste aquí, ¿verdad?

Él asintió.

—Vamos. Es hora de conocer a Mary y a los chicos.

Mary. Una impresionante mujer que esperaba delante de las escaleras y a la que envolvió en un abrazo.

Kate nunca había visto a nadie tan delicado ni tan precioso. Cabello largo y negro, ojos verdes, y un cuerpo diminuto y curvilíneo.

Invadida por los celos, esperó a que se separaran para acercarse y estrecharle la mano.

—Hola. Soy Kate Hayden, una amiga de Tyler.

—Mary Ramone. Encantada de conocerte. Por favor, pasad.

Una vez dentro, en la cocina, Mary continuó mientras servía tarta y café:

—Ty me ha llamado esta mañana y me ha dicho que ibas a escribir un artículo sobre el orfanato. Es fantástico.

—Estoy estudiándolo. Pensé que hoy podría venir a ver el orfanato y hablarlo con mi jefe. Él toma las decisiones finales en lo que respecta a los artículos que publica la revista.

Aunque si eso significaba tener que pasar más tiempo en el orfanato viendo a Ty y a Mary juntos, preferiría que *Femme* no publicara ese artículo.

—Pero seguro que si tú le dices que la historia merece la pena, tu jefe estará de acuerdo —añadió Ty.

Muy a su pesar, Kate asintió.

—No debería haber problema, aunque ahora mismo lo único que le importa es lo de la subasta de hombres. Aunque podríamos relacionar las dos historias.

Mary se rió.

—Ya me he enterado. Eres muy valiente, Kate, por comprar a este chico durante una semana. Buena suerte.

—Bueno, creo que puedo con él.

El hombre en cuestión no hizo más que enarcar una ceja, a lo que Mary respondió besándolo en la frente.

—Intenté cuidarlo durante años y no lo conseguí.

—Entonces, ¿crecisteis juntos?

—Sí, y era insoportable. Aunque todavía lo es.

Ty le dio una palmadita en el trasero cuando pasó por su lado.

—Nadie te ha preguntado.

El segundo durante el cual la mano de Ty estuvo posada sobre el perfecto trasero de Mary se le hizo eterno.

—¿Podemos dar una vuelta? Necesito comunicarle la idea a Henry lo antes posible —dijo Kate forzando una sonrisa.

—Claro. Seguidme.

Mary marcó el camino y, cuando le presentó a los niños, sus rostros casi le rompieron el corazón.

Con una hora le bastó. El orfanato sería una gran historia para los lectores de *Femme*.

Ya de camino al coche, Kate no dejaba de hacer anotaciones mentales sobre el orfanato para mantener la cabeza ocupada y no pensar en Ty y en Mary.

¿Estarían juntos?

¿Lo habían estado alguna vez?

¿De verdad pensaba que podía pasar una semana con Ty y después alejarse de él sin más?

—Gracias, Mary. Ha sido un placer conocerte.

—Gracias a ti. Estoy deseando ver tu artículo. Y si necesitas algo más, no dudes en llamar.

Kate se metió en el coche al preferir no ver la despedida entre Ty y Mary y, cuando él entró y arrancó el motor, dijo:

—No estoy segura de poder escribir el artículo.

—¿Qué?

—Puede que no funcione.

—¿Por qué no?

Pero ella no podía contarle la verdadera razón.

—¿Se trata de una cuestión de celos? Porque he visto cómo mirabas a Mary, pero es ridículo. Mary es como una hermana para mí.

¿Cómo podía leerle la mente como si fuera un libro abierto?

—Estás muy equivocado. El mundo no gira a tu alrededor. Y además, para estar celosa, primero tendría que importarme qué relación tenéis. Y no me importa.

—Sí, lo que tú digas, Pinocho.

Maldita sea, había vuelto a hacerlo. Esa telepatía estaba empezando a enfurecerla.

—Es sólo que no estoy segura de que el artículo vaya a funcionar. Dejémoslo ahí.

—Si no hay artículo, no hay Tyler.

—¿Cómo dices?

—Me necesitas… para tu artículo.

Y tenía razón.

—Entonces, ¿vas a darme tu ayuda a cambio del artículo sobre el orfanato? No me gusta que me chantajeen.

Él se rió.

—Entonces dejémoslo en un trato. ¿Cuándo empezamos?

Kate no sabía a qué se refería exactamente.

—No soporto cuando te pones así de chulito.

Él se detuvo en la puerta de su casa antes de responder.

—No, lo que no soportas es que tenga razón.

En respuesta, ella le lanzó una mirada altiva y salió del coche, dando un portazo.

Sin embargo, sabía que se estaba comportando como una

estudiante celosa. No tenía derecho a ponerse así. Ty pertenecía a su pasado y sólo porque fuera a tenerlo otra vez durante una semana no era de su posesión. Él siempre sería un hombre independiente, tan independiente como ella.

La cosa no estaba yendo como se había esperado, ¿dónde estaba la diversión?

—¿Cuándo vas a empezar a comportarte como un buen recadero? —le preguntó al abrir la puerta de casa.

Ty pasó, se sentó en el sofá, estiró las piernas y las cruzó.

—Cuando el infierno se congele.

Y a esa respuesta le añadió una sonrisa que la enfureció. Fue su típica y sexy sonrisa que tanto la excitaba.

No supo si besarlo o tirarle a la cara lo primero que encontrara. Por el contrario, respiró hondo y fue hacia la cocina.

—¿Adónde vas? ¿Ya te has cansado de jugar?

—No. Voy a almacenar cubos de hielo, a encender el aire acondicionado y a encargar una tormenta de nieve.

Él se rió.

—Así me gusta, aunque esa actitud no te va a hacer ningún bien.

—¿Quieres apostar?

Se detuvo y se giró para mirarlo.

—Soy un soldado de las Fuerzas Especiales de la Marina, ¿lo recuerdas? Puedo con todo lo que me eches.

—Una gran frase. ¿Pero puedes cumplir lo que prometes? ¿A que no?

Él se levantó y fue hacia ella.

Nerviosa, Kate le dijo lo primero que se le pasó por la cabeza:

—¿Y si primero nos damos un baño en la piscina?

—¿Me estás pidiendo que nos quitemos la ropa y nos mojemos?

La miró con un brillo desafiante en los ojos.

Siempre habían sido así: espontáneos, provocadores y desafiantes. Siempre intentando sacar lo mejor del otro, siempre jugando.

Y había llegado el momento de resucitar los viejos tiempos y divertirse.

—Sí. Eso es exactamente lo que quiero.

Él sonrió y deslizó un dedo sobre su brazo desnudo.

—Ten cuidado con lo que deseas, Katie.

—¿Por qué? ¿Acaso crees que puedes hacer realidad todos mis sueños?

Intentó mantenerse firme mientras él subía el dedo hacia su clavícula para acabar posándolo en el lóbulo de su oreja a una velocidad agonizantemente lenta.

—Estoy aquí para hacer lo que quieras. Tú eres la jefa, ¿recuerdas? Te veo en el jardín en un minuto.

Y así salió de la cocina dejándola temblando y deseándolo más todavía que antes.

Capítulo 8

Ty salió al jardín, dejó su toalla en una silla, le lanzó una sonrisa y fue hacia la escalera de la piscina. Kate se había esperado que lo hiciera tirándose de cabeza, pero parecía que su rodilla, que se tocaba constantemente y flexionaba, estuviera dándole algún que otro problema.

—Vamos. El agua está genial —y después de recorrerle el cuerpo con la mirada, añadió—: Muy bonito tu bikini.

Sonrió y metió la cabeza en el agua antes de que ella pudiera responder… aunque tampoco habría podido hacerlo.

La adoración y el deseo con que la había mirado la habían dejado sin palabras. Eso y también sus firmes abdominales, sus moldeados pectorales y sus robustas piernas. Todo lo que una chica podía desear ella lo tenía dentro de su piscina, de modo que, ¿a qué estaba esperando? ¿No era eso lo que quería?

Su cuerpo gritaba que diera el paso, pero su corazón se lo pensó mejor.

Estaba asustada, asustada de los recuerdos, de cómo él la hacía sentirse, asustada de desearlo demasiado y sobre todo asustada de volver a enamorarse de él.

¿Por qué no podía desinhibirse y disfrutar la semana?

Porque se trataba de Ty y sabía lo que sucedería si bajaba la guardia.

Se había pasado toda la vida intentando tomar las decisiones correctas, protegiéndose de los demás, pero ¿y si ahora hacía justo lo contrario?

Tyler sacó la cabeza del agua a tiempo de ver a Kate metiéndose en la piscina. Se había sentido excitado al verla con ese diminuto bikini. Kate era una tentación, una sexy sirena que había estado jugando con él desde la subasta y había llegado el momento de acabar con eso. Ya no podía contenerse más.

—Tenías razón. El agua está genial.

Ella no se había movido de las escaleras y él sabía que tendría que dar el primer paso. No le importaba hacerlo, pero de algún modo deseaba que fuera ella la que tomara la iniciativa, tal y como había hecho seis años atrás.

Cuando se miraron, Ty supo que la deseaba, la deseaba más que

nunca.
Y de pronto sucedió.
Ella se sumergió durante varios segundos y nadó hacia él. Ty la llevó hacia sí y Kate le rodeó la cintura con las piernas y el cuello con los brazos. Él se la quedó mirando, hipnotizado por el brillo dorado de sus ojos, y supo que la había echado de menos más de lo que se había permitido creer.
Incapaz de resistirse ni un segundo más, la besó, y al igual que le había sucedido en las ocasiones anteriores, perdió el control y quiso devorarla, saborearla, examinar cada centímetro de su exquisito cuerpo con las manos, con la boca y con la lengua.
Le cubrió un pecho con la mano mientras ella se mecía contra él.
—Ty, te…
—Lo sé, Katie. Yo también te deseo.
No debería desearla tanto, necesitarla tanto porque al final de la semana se separarían.
El agua se movía alrededor de ellos mientras él avanzaba hacia las escaleras, ansioso por entrar en la casa antes de perder el control y tomarla allí, sin protección.
De camino a la casa, Kate se reía acurrucada a él y Ty le dio un pellizco en el trasero.
—¿Tienes debilidad por esa parte de mi cuerpo? —le susurró al oído.
—Cielo, tengo debilidad por ti.
La acercó más contra su cuerpo para darle evidencias de lo mucho que la deseaba y sabiendo que pasara lo que pasara con su trabajo y con su vida, jamás lamentaría haberse reunido con Kate.
Kate se aferró a él, la piel le ardía, le costaba respirar por sentir las manos de Ty sobre sus nalgas.
En ese momento la invadieron los recuerdos de la primera vez que la había desnudado, la primera vez que sus pieles se habían tocado.
Suspirando, cerró los ojos y tembló de placer a medida que Ty avanzaba hacia el dormitorio.
Cuando la tumbó en la cama, abrió los ojos y allí delante vio al hombre más sexy del mundo, que era suyo, y lo sería durante una semana.
—Ahora vuelvo. Espérame.
La besó en los labios y ella lo vio salir por la puerta, impresionada por la perfección de su cuerpo.

No era necesario que le dijera que lo esperara. Ella no iría a ninguna parte con tal de que volviera pronto y apagara las llamas que amenazaban con quemarla viva.

—Eres increíble.

Ty había vuelto y se tumbó a su lado. Le acarició su brazo desnudo y ella se volvió hacia él, ansiosa por sentirlo arder contra su cuerpo.

—Ah, ah. No tan deprisa.

Sonrió, deshizo el nudo de su bikini y ella contuvo el aliento cuando el sujetador de lycra cayó sobre la cama dejando sus pechos al descubierto.

—Oh, Ty. Por favor…

—Lo sé, cielo. Lo sé.

Le mordisqueó la boca y fue descendiendo dejando una línea de fuego sobre su piel, ante la que ella tuvo que morderse el labio para no gritar.

Él se quedó quieto por un instante, acariciándole la mejilla con la misma dulzura que siempre le había demostrado.

—¿Es esto lo que quieres?

—Sin duda.

Kate asintió tímidamente y la traviesa sonrisa de Ty aceleró su corazón.

¿Su corazón?

Tenía que tratarse únicamente de sexo. No podía arriesgarse, no podía dejar que las emociones entraran en juego.

—¿Qué más le gustaría a mi jefa?

Deslizó los labios sobre su vientre, sin esperar una respuesta, y con cada beso que le daba la torturaba, le hacía desearlo más.

—Sorpréndeme —murmuró, aunque Ty no pareció oírla al tener toda su atención centrada en su cuerpo. Se sentía como una diosa viendo a Ty observar su cuerpo con reverencia.

—Está bien —murmuró él mientras deslizaba las manos bajo su trasero y la alzaba hacia él.

Unos ligeros besos bordearon la línea de su bikini antes de que él presionara la boca contra la tela mojada y ella gimiera cuando el calor de su boca atravesó la lycra.

Ty tiró de los lazos despojándola de la parte de abajo del bikini antes de comenzar a explorar su zona más íntima con su habilidosa lengua y hacer a Kate arquearse contra él a la vez que gritaba su nombre.

Unos deliciosos momentos después, los dos se quedaron tumbados en la cama, el uno al lado del otro. Ty la había llevado hasta el cielo.

¡Había sido increíble!

Despertando de su estupor, alargó la mano hacia él y ver su erección volvió a producirle un escalofrío de placer.

—¿Cuándo te lo has quitado? —preguntó señalando al bañador que había en el suelo.

—Más o menos cuando… —se detuvo cuando ella lo tomó en sus manos.

—¿Y si ahora cambiamos los papeles? Tú eres el jefe. Dime lo que quieres, Ty.

Apretó su miembro suavemente, deslizando la mano hacia arriba y hacia abajo.

—Ya lo estás haciendo muy bien tú sólita. No hace falta que te dé instrucciones.

Ty había estado esperando ese momento desde que había vuelto a ver a Kate.

—¿Estás seguro?

Kate seguía acariciándolo, pero él le agarró la mano antes de llegar a perder el control y se puso el preservativo que había tenido la sensatez de ir a buscar antes.

—Me alegra que alguien esté preparado —dijo ella mientras lo miraba.

—¿Por qué crees que he salido antes un momento?

—No me importaba que te fueras, con tal de que volvieras.

A Ty se le encogió el corazón ante la expresión de vulnerabilidad que vio en los ojos de Kate.

Tal vez no era una buena idea.

No quería hacerle daño. ¿Y si ella quería más de lo que él podía darle?

Tal vez debería haber escuchado a su voz de la razón en lugar de dejarse llevar por la lujuria.

Sin embargo, su conciencia no resistió cuando ella rozó contra él la cálida entrada que lo conduciría hasta el cielo.

Y así, lenta y suavemente, se deslizó dentro de su calor y esa intensa sensación de placer lo hizo gemir.

—Kate…

Ella lo miró con pasión y él quedó impactado al ver que esa mujer tan bella e increíble lo deseaba tanto como él a ella.

—Has estado llamándome Katie —le susurró un segundo antes de que él comenzara a mecerse contra ella.

—¿Te gusta?

Ty se movía más deprisa y se deslizaba dentro y fuera de ella de un modo salvaje.

—Me gusta que me llames así —dijo ella entre gemidos.

—¿Y también te gusta esto?

Los gemidos de Kate lo excitaron y le dieron fuerza a sus movimientos, con los que los dos llegaron a alcanzar el máximo placer.

Cuando se dejó caer sobre la cama, Ty exhaló lentamente. Si le habían prendido fuego a las sábanas seis años atrás, eso no había sido nada comparado con el calor que habían generado ahora.

Había perdido la cabeza y aún se sentía aturdido mientras pensaba que alejarse de algo tan maravilloso iba a ser la misión más peligrosa a la que se había enfrentado nunca.

Un silencio los envolvió, roto únicamente por sus respiraciones entrecortadas, y fue en ese momento cuando se dio cuenta de que tal vez lo que acababa de suceder había sido mucho más que sexo.

—Guau —exclamó Kate antes de reírse suavemente y acurrucarse contra él.

—Si en esto consiste ser tu chico de los recados, encadéname para siempre y tira la llave.

—Ten cuidado con lo que deseas…

La dulce de voz de Kate se coló allí donde él era más vulnerable. Su conciencia.

Kate había dicho que no esperaría nada de él una vez terminada esa semana, pero en el pasado había querido una relación seria.

Entonces, ¿qué estaba haciendo jugando ahora con él?

—Tonta —se dijo Kate mientras se secaba al salir de la ducha. No se arrepentía de la tarde de sexo que había vivido, y que había sido increíble, sino de haberse acurrucado a Ty después, de haber charlado sobre lo que había sucedido en esos seis años y de haber esperado poder tomar una cena ligera en la cama antes de continuar con lo que habían dejado.

Pero él no había aguantado más de treinta minutos antes de marcharse con la excusa de que había quedado con alguien.

Se puso una sudadera, unos pantalones de chándal y fue hacia la

cocina. Un helado o chocolate le vendrían bien. En ese momento, cualquier cosa que contuviera azúcar le serviría. Abrió una bolsa de galletas de chocolate y se sentó en una silla.

¿A quién había estado intentando engañar al convencerse de que una semana con él sería suficiente? Las actividades en posición horizontal que habían realizado durante la tarde le habían demostrado lo contrario.

Ya estaba enganchada a él, otra vez.

Y ser adicta a Ty era demasiado peligroso.

Alguien llamó a la puerta y salió al vestíbulo.

—¡Sorpresa! Se me ha ocurrido pasarme para traerte el material que estabas buscando.

Aunque Di le sonrió, Kate vio la mirada de su asistente dirigirse a la habitación que tenía detrás. Estaba claro a quién quería ver.

—Pasa.

—Sólo si no interrumpo nada —le respondió ella guiñándole el ojo.

—No.

—Pues eso no es lo que parece.

¿Tanto se le notaba que había tenido el mejor sexo de toda su vida?

—Tienes esa mirada, jefa.

Di le entregó una pila de papeles y se sentó en el sofá con una sonrisa.

—¿Qué mirada? ¿Te apetece beber algo?

—No intentes distraerme. He venido a cotillear, no a tomar café. Y esa mirada dice que has estado nadando con el marine.

Kate se sonrojó al recordar en lo que había derivado el baño en la piscina.

—¿Y? ¿Qué tiene eso de malo?

—¡Lo sabía! Detalles, quiero detalles.

—No hay mucho que contar.

—¿Qué pretendes ocultarme?

—Nada.

—Vamos, escupe.

¿Qué podía decirle? ¿Que se estaba enamorando otra vez de su ex? Eso sería una estupidez teniendo en cuenta que él había dejado claro que saldría de su vida en unos días.

—No lo entiendo. ¿Por qué no disfrutas la semana con tu Adonis sin importarte lo que pueda pasar después?

Ése era el problema. Sí que le importaba. Le importaba mucho y la asustaba, y eso que ella nunca se había asustado con facilidad.

Había sobrevivido a una infancia amarga con una madre que la culpaba de que su padre las hubiera abandonado.

Había sobrevivido a un nuevo comienzo en otro país y se había forjado una carrera fabulosa.

Era una luchadora.

—¡Oh, no! Te has enamorado de él. Pero amiga, ¿en qué estás pensando?

—No estaba pensando.

—La idea de adquirir a un hombre en una subasta es utilizarlo, no enamorarse.

—¿Podemos cambiar de tema, por favor?

—Como quieras. Aunque llámame si me necesitas, ¿de acuerdo? Tengo que volver a la oficina. Por cierto, ¿cómo has logrado que te dejen trabajar desde casa durante una semana? Creí que Henry te estaba presionando mucho.

—Henry no es tan malo. Sabe que soy una profesional. Tendrá la historia que me ha pedido, tanto si trabajo en la oficina como si lo hago aquí.

Deseaba poder contarle a Di lo del ascenso, pero no podía. Henry ya lo anunciaría a su debido tiempo.

—Si estar con un hombre te pone así, deberías volver a estar soltera —Di se detuvo en la puerta y se giró para mirarla de arriba abajo—. Ah, y un consejo. Deshazte de los pantalones de chándal. Tal vez por eso no te estás comiendo una rosca.

—¡Te equivocas! —respondió antes de darse cuenta.

Di asomó la cabeza por la puerta.

—Te pillé. Sabía que te sacaría información tarde o temprano. Nos vemos.

Kate le sacó la lengua.

Menos mal que no había querido pensar en Ty. La conversación con Di había consolidado los pensamientos que habían estado girando en su cabeza desde que él se había marchado y no podía ignorar la realidad.

Estaba enamorándose de él. Otra vez.

Y no había nada que pudiera hacer para evitarlo.

Capítulo 9

Tyler nunca había huido de nada en su vida. Pero entonces, ¿por qué había salido huyendo de casa de Kate como si quisiera escapar del enemigo? Y lo peor era que había actuado como un auténtico cretino.

Si no se hubiera marchado, aún estaría acurrucado a ella en la cama y sintiéndose como si viviera en un verdadero hogar.

Pero no podía hacerlo.

¿Por qué crearse una falsa esperanza cuando lo único que tenían era una semana?

Aunque al menos tenían eso y, además, hacer el amor con Kate había sido increíble. Ella se había mostrado insaciable, lo había satisfecho en todos los sentidos, como si recordara todas sus zonas erógenas y todas las maneras de complacerlo.

Maldita sea. Después de una semana con ella, ya no volvería a ser el mismo.

¿Por qué se había marchado?

Podía haber pasado la noche acurrucado en sus brazos, pero en el momento en que ella había comenzado a hablar de los buenos momentos que habían vivido juntos, había salido corriendo.

Necesitaba estar un momento a solas para que la intensa atracción que sentían no se interpusiera entre la lógica. Y no importaba cómo Kate lo hiciera sentir o lo mucho que deseara que las cosas fueran distintas, se había hecho una promesa y no la rompería. Sólo tenía que centrarse en la misión que tenía entre manos, disfrutar de cada segundo junto a Kate, y no pensar en lo que pasaría cuando terminara la semana.

Al entrar en el bar, se dirigió a la mesa donde se encontraba Oso con una taza gigante de café. La llamada por teléfono de su amigo había sido muy oportuna y le había dado la excusa para dejar de pensar en Kate.

—Hola, Oso. ¿Qué pasa?

—Yo podría preguntarte lo mismo. ¿Cómo va tu trabajo de recadero?

Tyler se sirvió una taza de café de una máquina y se sentó.

—¿Te acuerdas de la misión en Liberia? Pues fue mucho más fácil.

—Así que la cosa va mal, ¿eh?
—Peor.
—Esa mujer te ha atrapado.
—Y tanto.
Oso se rió.
—Jamás pensé que vería a TJ tan colado por una mujer. Qué bien.
No, no estaba bien. Cuanto más tiempo pasara con Kate, más duro sería separarse de ella. Ya lo había vivido una vez y esa sensación casi lo había matado.
Ahora le resultaría imposible; le gustaba estar en su acogedora casa, compartir cosas tan simples como una comida, un rato en la piscina, o un cuarto de baño.
Le gustaba vivir con ella y lo pagaría muy caro cuando saliera de su vida porque entonces ese viejo miedo volvería a apoderarse de él: la soledad, la necesidad de llamarla y el miedo a no poder cumplir la promesa que se había hecho y que consistía en dar prioridad a los deseos y necesidades de Kate, le costara lo que le costara.
—¿De qué querías hablar, Oso?
—Sólo quería comentarte unas ideas para salvar el orfanato. Me estaba preguntando si podríamos organizar algo, un maratón, un triatlón. Ya conoces a los chicos. Siempre están dispuestos a un desafío.
—Gracias por la oferta, pero ya estoy trabajando en algo.
—¿Y eso?
—He convencido a Kate para que le dé publicidad al orfanato con un gran artículo en su revista.
Oso sonrió.
—No pienso preguntarte qué métodos has utilizado para persuadir a la señorita en cuestión.
—Ya basta. Ya tuve que aguantar bastante a Jack la otra noche. No necesito que tú hagas lo mismo.
Su amigo pareció captar su estado de ánimo.
—Esto no va en serio, ¿verdad?
—Depende de lo que entiendas por «serio» —se detuvo y decidió que tenía que confiar en alguien—. Estuvimos comprometidos. ¿Te parece lo suficientemente serio?
—¿Qué?
—Sí.

—¿Pero qué…?

—Nos conocimos hace seis años, cuando ella acababa de llegar de Australia.

—¿Que tú estuviste comprometido?

—Ella me hizo la proposición, y yo accedí como en broma, pero nunca llegamos a planear la boda. Los dos estábamos empezando nuestras carreras y no habría tenido sentido atarnos de ese modo.

Oso abrió y cerró la boca varias veces antes de poder decir:

—¿Comprometido? Imposible. Nunca habías dicho nada. ¿Lo sabe alguien?

—No. Y me gustaría que siguiera siendo así. Además, sólo vivimos juntos unos meses. Éramos prácticamente unos niños. No es para tanto.

—Así que tuvisteis una relación y ahora vais a pasar juntos una semana… ¿Vas a explicármelo o qué?

—No hay nada que explicar. Hemos estado separados seis años, ella apareció en la subasta y me compró, vamos a pasar una semana juntos y eso es todo. Fin de la historia.

Explicado así, parecía muy sencillo, muy lógico. Pero entonces, ¿por qué sentía como si le hubieran arrancado el corazón?

Oso se detuvo, se terminó la taza de café y lo miró.

—¿Por qué sigues corriendo, TJ?

Tyler odiaba que su mejor amigo tuviera razón. Oso lo conocía mejor que nadie.

—No estoy huyendo. Es sólo que no me gusta quedarme siempre en el mismo sitio.

—Sí, ya, eso lo he oído antes. Llevas corriendo toda tu vida y parece que nada de eso ha cambiado. ¿Le has hablado del examen físico?

—¿Para qué? Eso no tiene importancia.

Además, no quería sentir la lástima de Kate cuando tuviera que dejar la Marina y tampoco quería que se viera obligada a quedarse a su lado.

Ella se merecía algo mucho mejor. Siempre lo había pensado y ésa era la razón por la que se había separado de ella. Tendría que recordarlo cuando la semana llegara a su fin.

—Si tengo que decirte que te equivocas, entonces es porque eres más tonto de lo que pareces. Será mejor que pienses un poco en ello, amigo, y que lo hagas cuanto antes.

—¿Qué tengo que pensar? Kate es una chica fantástica. Es

inteligente, preciosa y tiene un futuro prometedor. ¿Qué querría hacer ella con un soldado acabado que no sabe qué hacer con su vida?

Ya estaba, había expresado lo que le había hecho salir de la casa de Kate después de que se diera cuenta de que hacer el amor con ella había creado unos lazos emocionales en lugar de ser simplemente una satisfacción física.

Oso se cruzó de brazos y se inclinó hacia delante.

—Desde que te conozco, nunca has tenido más de dos citas con la misma mujer, y mucho menos te has comprometido con ninguna de ellas. Ahora aquí estás, contándome lo maravillosa que es esta chica y que es demasiado buena para ti. Vamos, TJ, sabes que sientes algo por ella y estás asustado.

Su amigo se levantó y se puso la cazadora.

—Lo estás haciendo muy mal. Bueno, el jefe me espera. Nos vemos.

Tyler vio a su amigo salir del bar y respiró aliviado. Si hubiera querido un interrogatorio, se habría dejado capturar años atrás.

Pero su amigo tenía razón. Se había pasado la vida huyendo de sus demonios.

Qué ironía que ahora el pasado volviera a buscarlo.

Kate se estiró, se frotó los ojos y miró el reloj, sorprendida. Nunca había estado durmiendo hasta las nueve.

Debía de ser por todo el ejercicio que había hecho el día antes.

Salió de la cama y comprobó que Ty no había vuelto a casa.

Sintiéndose como una imbécil al ver que había salido huyendo después de estar con ella, fue a la cocina, encendió la cafetera y se sorprendió al oír el timbre de la puerta.

Abrió la puerta nerviosa por si se trataba de Ty y su traicionero corazón dio una sacudida al ver a su invitado errante con unos vaqueros y camiseta negros y sin afeitar.

—Te he traído el desayuno.

Le entregó una bolsa de magdalenas con una sonrisa en los mismos labios que ella había saboreado y que la habían vuelto loca.

—¿Las has traído para hacer las paces?

Kate tomó la bolsa, la abrió e inhaló profundamente: canela y manzana, sus favoritas. Y, aunque la conmovió que Ty se hubiera acordado de ese detalle, intentó no demostrarlo.

Él entró en el salón, muy relajado y como si estuviera en su casa.

—No sabía que necesitara hacer las paces. ¿Estás enfadada por algo?

—No del todo… Aunque anoche no volviste a casa…

Fue arrastrando las palabras y se arrepintió de haber sonado como una novia enfadada. Él no le debía ninguna explicación.

—Tenía que ocuparme de unas cosas en la base y ya me quedé a dormir allí. Fue sólo por eso. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Kate fue corriendo a la cocina para poner toda la distancia posible de por medio antes de cometer una estupidez como darle un beso de bienvenida.

Comenzó a preparar el desayuno ignorando la mirada de Ty, que la había seguido.

—¿Vas a salir a correr?

Ella se giró y lo encontró en la puerta, mirándola de arriba abajo.

—No. Duermo con esta ropa. Y de todos modos, ¿desde cuándo eres policía de pijamas?

—Deténgase, conductora, y enséñeme su permiso de conducir.

Le puso las manos a ambos lados y la llevó hasta una esquina de la cocina.

Kate no debería seguirle el juego, ¿es que no se tenía ningún respeto?

Lo que habían compartido el día antes no significaba nada para Ty, porque de lo contrario se habría quedado a pasar la noche con ella, mientras que para Kate hacer el amor no era sólo una diversión y ahora que lo sabía, no volvería a repetirlo.

—Su permiso, señorita.

Un deseo la invadió cuando él se inclinó hacia ella desprendiendo un delicioso aroma a cítricos que despertó todos sus sentidos.

¿Cómo podía una mujer de sangre caliente resistirse a un hombre tan sexy como él?

—Uf… no lo llevo encima —le dijo mirando fijamente al azul de sus ojos.

Él bajó la cabeza y le rozó los labios con el más suave de los besos.

—Entonces tendré que cachearla —susurró contra su boca.

Kate siempre había hecho lo correcto, lo más sensato, sobre todo

desde que Ty había salido de su vida. Pero tal vez debería demostrarle a él, y también demostrarse a sí misma, que aunque hubieran hecho el amor, ella no se había atado emocionalmente.

Siempre habían sido muy pasionales en el terreno sexual, ¿por qué no demostrar que hacer el amor no implicaba sentimientos? Sí, sólo había una forma de demostrarlo y era volviendo a perder la cabeza con Ty.

Y así, lo besó, dejándose invadir por el calor mientras sus lenguas se rozaban. Él le mordisqueó el labio inferior antes de volver a introducir la lengua en su boca, para provocarla, para complacerla.

—Entonces, ¿vas a arrestarme? —logró decir mientras los labios de Ty se dirigían al lóbulo de su oreja—

—¿Quieres volver a estar encadenada a mí?

Lamió la delicada piel de detrás de su oreja y esa sensación le recorrió el cuerpo haciéndola arquearse hacia él.

—Si eso te excita… —dijo ella entre gemidos cuando él la acercó a sí y le provocó un cosquilleo por todo el cuerpo.

Ella coló las manos bajo su camiseta y sus dedos trazaron un camino sobre su cálida piel.

—¿Esto te excita?

Ty movió las caderas contra su cuerpo dejándola sin aliento y aturdida de deseo.

—¿O tal vez esto?

Deslizó las manos bajo la camiseta de Kate y le cubrió los pechos.

—¿O esto?

Le recorrió el vientre con una mano y fue descendiendo…

—Lo quiero todo —le dijo ella a la vez que se preguntaba cómo podía perder la razón cada vez que Ty la tocaba.

Ella siempre se había derretido por él y eso no había cambiado.

—La avaricia está bien —murmuró Tyler sin dejar de explorar su cuerpo, cuyas curvas eran un preciado recuerdo que almacenar y saborear cuando tomara la única opción que le quedaba y la abandonara al terminar la semana.

Kate se aferró con fuerza a él, era como si no pudiera mantenerse en pie y eso despertó en Ty una necesidad de protegerla, de abrazarla y de no dejarla marchar nunca.

—Le has hecho algo a mis huesos —dijo ella. Sus ojos brillaban como un topacio pulido bajo la luz de la mañana que se colaba por

la ventana de la cocina.

—Y seguro que tú le has hecho algo a los míos.

Mientras Kate le bajaba la cremallera de los pantalones, él metió la mano en el bolsillo trasero, agradecido por haber tenido la previsión de guardar un preservativo en la cartera.

—Siempre vas preparado, ¿eh?

Kate abrió el envoltorio y desenrolló el látex sobre él en un instante. Ty jamás había pensado que usar protección pudiera resultar erótico, pero las habilidosas manos de Kate le hicieron ver lo contrario.

—Sí, así soy yo. Un buen Boy Scout.

Se desnudó rápidamente y admiró el exquisito cuerpo de Kate mientras ella también se quitaba la ropa; su erección palpitaba con fuerza al observar cada centímetro de su cuerpo.

—Tú no tienes nada de Boy Scout.

El travieso brillo de los ojos de Kate y el modo en que extendió los brazos hacia él, lo hizo sentirse como si fuera el único hombre del mundo para ella.

Pero no podía serlo. Ella necesitaba un hombre que pudiera dárselo todo.

La levantó en brazos y la llevó contra su cuerpo, disfrutando la sensación de sus pechos contra su torso.

—Me haces sentir tan bien…

Ella lo miró cuando arqueó las caderas hacia él, rodeándolo con las piernas, y él entró en su interior, gimiendo de placer mientras se movía dentro de ella. Lenta. Muy lentamente.

—El sentimiento es mutuo, cielo.

Se retiró para volver a adentrarse en ella y la fricción de su piel contra su ardiente humedad lo llevó al límite mucho más rápido de lo que había querido.

—Es increíble —murmuró ella excitándolo más todavía con sus gemidos.

Sus gritos de éxtasis le hicieron perder el control y explotar.

Pero más intensa fue la detonación en su cerebro que le dijo, al igual que el día anterior, que eso no sólo era sexo. Que había algo más.

—Si esto es cachear, arréstame, por favor. Y sin libertad condicional.

—Ojalá pudiera, cielo. Ojalá pudiera.

Pero no tenía sentido desear lo imposible y mientras la abrazaba

deseó que Kate no hubiera llegado a ver su amarga sonrisa.

Kate se puso las gafas y posó los dedos sobre el teclado.

—Tenemos que hacer esto hoy. Hay una fecha límite.

—Ya sabes que los chicos no se insinúan a las chicas con gafas.

—Pues a ti eso no te ha detenido.

—Nada podría apartarme de ti.

Ella se sonrojó.

—Para. Tengo que concentrarme. ¿Podemos empezar?

—Está bien, está bien. Dispara.

—¿Por qué te hiciste instructor?

—Por una lesión estando de servicio. No puedo contarte los detalles. Si lo hiciera, tendría que matarte —le respondió sonriendo.

Sí, sin duda la mataría con una sonrisa como ésa.

—¿Y por qué le enseñas técnicas de conducción a los reclutas?

—Porque siempre me ha gustado emplear un vehículo para escapar, como arma de supervivencia para huir de una situación peligrosa lo antes posible.

—¿Tienes alguna otra opción como instructor?

—Siempre puedo dejar mi trabajo y concentrarme en instruirte en las finas artes de… —la besó.

—¡Ty! Limítate a responder la pregunta.

—Claro, tenemos muchas otras opciones.

—¿Y todos esos cursos se imparten en Los Angeles?

—No. Algunos como el reconocimiento hidrográfico o la demolición bajo agua se imparten en Puerto Rico.

—¿Y hay alguna posibilidad de que vayas a enseñar allí?

Kate contuvo el aliento, ansiosa y temerosa a la vez de oír la respuesta.

—Tienes ganas de librarte de mí, ¿eh? Y yo que pensaba que te había hecho caer bajo mi embrujo.

—No sería tan estúpida como para permitirlo. Sobre todo cuando saldrás de aquí en unos días.

Ahora que había pronunciado esas palabras en alto, Kate sólo tenía que creérselas.

—Chica lista. Por eso mismo nos estamos divirtiendo tanto. Los dos sabemos muy bien cómo son las cosas.

Un agudo dolor atravesó el corazón de Kate. ¿Lista? Más bien, tonta. Tonta. Tonta. Tonta.

—¿Alguna otra pregunta?

Ella negó con la cabeza, incapaz de hablar en ese momento.

—Bien. En ese caso, vamos a dar una vuelta.

A pesar de que tenía un artículo que terminar, Kate prefirió aprovechar el poco tiempo que les quedaba juntos.

—¿Adónde vamos?

Él la besó suavemente en los labios.

—Confía en mí.

Pero esas palabras fueron innecesarias. Confiaba en él, en cuerpo y alma. Aunque por desgracia también sabía que la confianza ciega podía acabar partiéndole el corazón. Otra vez.

Capítulo 10

A Ty no le gustaban las preguntas. Se sentía como si el enemigo lo estuviera interrogando y lo peor era que una pregunta conducía a una respuesta. En ese momento no quería pensar ni analizar nada. Sólo quería sentir, disfrutar de la compañía de su bella Kate durante el poco tiempo que tenían y no pensar en las consecuencias.

Las preguntas de Kate habían sido fáciles hasta que había abordado el tema del futuro. No quería pensar en eso, y muchos menos responder a preguntas para las que no tenía respuestas.

—Menudas vistas —dijo él con las manos apoyadas en el techo del coche.

Ella sonrió orgullosa.

—Sí. Puede que la casa no sea la típica mansión de Beverly Hills, pero las vistas son impresionantes.

Se quedaron en silencio mirando las colinas cubiertas de las casas de las estrellas de cine y de luces centelleantes. Si creyera en los cuentos de hadas, Ty podría imaginarse sin problema contemplando esa vista, en esa casa y con esa mujer durante el resto de su vida.

Pero había dejado de creer en los finales felices hacía mucho tiempo.

Se puso derecho y se volvió hacia ella, que lo estaba mirando, en lugar de a las vistas.

—Espero que te guste la comida japonesa.

Le abrió la puerta del coche y cuando ella se sentó en el asiento de cuero, su falda se abrió ofreciéndole unas largas y bronceadas piernas y resucitando recuerdos de cuando habían estado rodeándolo esa mañana.

—Me encanta.

Apretando los dientes por el dolor que sentía en la rodilla, Ty se sentó tras el volante.

—¿Te está dando problemas la rodilla?

—Últimamente sí. Gajes del oficio, supongo.

—Deberías ir al médico.

—Sí —murmuró antes de cambiar de tema—. Sólo te quedan unos días para ordenarme cosas. ¿Hay algo especial que quieras que haga?

—¿Qué te parece masajes en los pies todas las noches, una manicura, una noche en el teatro y una cena de cinco platos? —le dijo animadamente, dispuesta a ocultar el dolor que sentía en su interior. Había intentado dar voz a sus preocupaciones, pero él no había querido oírlo.

Y no la sorprendía. Él no quería ni sus preocupaciones ni nada que pudiera ofrecerle pasada esa semana y aunque había tomado la decisión de vivir el momento, la práctica era mucho más difícil que la teoría.

Si Ty descubría que se había enamorado de él, saldría corriendo antes de que terminara la semana dejándola, una vez más, con el corazón roto.

—¿Y si empezamos con el masaje y vemos qué pasa después?

Su voz grave y seductora la envolvió.

—Creo que los dos nos hacemos una ligera idea. Entonces, ¿no hay teatro?

—Si lo que buscas es un pingüino que te lleve a lugares elegantes, estás jugando con el chico equivocado.

—Preferiría tener un soldado de las Fuerzas Especiales. Y además… ¿quién dice que esté jugando?

Se hizo un incómodo silencio hasta que Ty dijo:

—No intentes ir en serio conmigo, Kate. No soy hombre para ti. Yo no tengo relaciones serias.

Sonó más distante que nunca y le dolió que la hubiera llamado Kate y no Katie.

—Sí, lo sé. ¿Por qué crees que sólo te compré para una semana? No estoy buscando que nos demos una segunda oportunidad ni nada parecido.

Su risa sonó forzada y se controló para no llorar. Por suerte, estaban manteniendo esa conversación en el coche, donde él no podía verle la cara.

Pero él debió de sentir su angustia porque se echó a un lado de la carretera, en Rodeo Drive, y detuvo el coche. Le agarró la mano.

—Escúchame. Necesitas un hombre que vaya a estar contigo para siempre. Y yo no soy ese hombre. Necesitas estabilidad, alguien que te dé todo lo que te mereces y más. Necesitas algo que yo no puedo darte.

Conteniendo las lágrimas, ella murmuró:

—¿Así que ahora vas a decirme lo que necesito?

Intentó apartarle la mano, pero él la apretó con fuerza.

—¿Dices que me equivoco?

—Digo que ya no sabes nada de mí.

Ty la soltó con tristeza en la mirada.

—Tal vez tengas razón, pero sé una cosa. No tendremos nada una vez termine la semana. Si puedes aceptar eso, podemos seguir divirtiéndonos juntos los días que quedan. Si no, me iré ahora.

—¿Así que llamas diversión a tener sexo?

—Bueno, ¿no es así? ¿Cómo lo llamarías tú?

Kate quería gritarle: «Hacer el amor», pero se mordió la lengua. Ya no había nada más que decir. Por eso, alzó la barbilla, parpadeó para no dejar brotar las lágrimas y lo miró directamente a los ojos.

—Tienes razón. Ha sido divertido. Vamos a cenar y volvamos a ca… a mi casa.

Se quedaría con lo poco que él pudiera ofrecerle durante el resto de la semana, guardaría sus emociones en una caja con candado y tiraría la llave.

—Si eso es lo que quieres.

Arrancó el motor después de quedársela mirando un momento.

«Lo quiero todo», pensó, aunque no lo dijo porque sabría que nunca tendría eso de Ty.

El plan de Ty había resultado un desastre. Había querido escapar después de jugar a las veinte preguntas con Kate y, ¿cómo lo había hecho? Llevándola a cenar para acabar teniendo una conversación en el coche.

Eran muy diferentes, no estaban destinados a estar juntos a pesar de la atracción física que sentían.

Le había hecho daño, de eso no tenía duda. Había visto las lágrimas brillar en sus ojos cuando le había dicho que lo suyo no tenía futuro. ¡Demonios! Había tenido que controlarse mucho para no abrazarla y decirle que le gustaría poder estar con ella para siempre.

Para siempre.

Pero nada duraba para siempre y no estaba dispuesto a descubrir si una relación con Kate sería la excepción.

Se quedó mirando al techo con las manos unidas por detrás de la cabeza para contener el impulso de golpear la almohada.

Kate merecía algo más que un soldado que no sabía qué hacer con su vida.

Se merecía poder seguir ascendiendo en su carrera y no verse atada a un tipo malhumorado cuya rodilla destrozada le había hecho perder su trabajo.

Kate se movió y se acurrucó contra él.

Esa noche no había sucedido nada entre los dos, Ty simplemente la había abrazado hasta que se había quedado dormida. Y se había sentido agradecido ya que eso había servido para tener su libido bajo control.

Aunque ahora que sentía las manos de Kate sobre su pecho y sus labios contra su cuello, le estaba resultando muy difícil contenerse.

Intentó apartarse, pero ella le dijo:

—Ty, no me dejes.

—¿Estás segura? —la besó en la frente dulcemente preguntándose si Kate se estaría refiriendo a que no la dejara en ese momento a que no la dejara jamás.

La luz de la luna entraba por la ventana y bañaba la habitación de un suave brillo plateado.

—Ámame —le susurró mientras lo acariciaba por el pecho y más abajo.

Con un gemido, Ty la puso encima de él y la besó, muy lentamente, más de lo que podría haber imaginado teniendo en cuenta lo mucho que Kate lo excitaba.

Siempre se había sentido así con ella: dispuesto a hacer el amor, incapaz de saciarse de ella, deseándola a cada minuto del día.

Apartarse de ella la primera vez había sido un infierno y parecía que iba a regresar a ese lugar.

Pero ella le había pedido que la amase y eso era lo que pretendía hacer. Durante toda la noche.

Al menos, eso sí podía dárselo.

—Llevas demasiada ropa encima —le dijo él deslizando los dedos bajo la enorme camiseta que Kate se había puesto para dormir.

—Y tú también.

Ella sonrió mientras se quitaba la camiseta antes de quitarle los calzoncillos.

—¿Mejor?

Ty contuvo el aliento cuando el cabello de Kate cubrió su erección. Nunca había visto una imagen más erótica y quiso grabarla en su memoria. Supo que jamás olvidaría esa semana que estaban pasando juntos.

—Ven aquí.

—Eh, ¿quién ha dicho que tú puedas dar órdenes? —murmuró ella con un seductor brillo en los ojos.

Ty la tendió en la cama y se tumbó encima de ella y la sensación provocada por el roce de sus pieles desnudas subió unos grados la temperatura de su cuerpo.

Ella se movió contra su erección, haciéndole perder la razón.

—Me vuelves loco.

—Y tú me pones muy caliente.

Él se colocó entre sus piernas cuando ella alzó las caderas y deslizó un dedo entre sus muslos para acariciarla suavemente.

Mientras la besaba podía oír sus gemidos y, cuando ya no pudo contenerse más, se puso un preservativo y se adentró en ella sabiendo que no había ninguna sensación que se aproximase a la de estar rodeado por ella.

La vio abrir los ojos, vio su brillo incandescente bajo la luz de la luna y su deliciosa boca formar una pequeña «O» cuando comenzó a moverse dentro de ella.

Y cuando finalmente llegaron al clímax, lo supo.

La amaba.

Lo suficiente como para quedarse allí con ella, para siempre.

La miró a la cara y le apartó unos mechones que cubrían su piel encendida.

«Díselo».

Sí, claro. Si se lo decía, Kate pensaría que estaba loco por rechazarla durante la tarde y decirle que la quería por la noche, precisamente después de haber hecho el amor.

No, no era el momento. Antes de pronunciar esas palabras ante ella, tenía que meditarlas bien.

Pero por suerte, en ese momento no tuvo que decir nada ya que ella le cubrió los labios con un dedo y le dijo:

—Lo sé. Nos hemos divertido. No hacen falta las palabras. Es una orden.

Y con eso, Kate salió de la cama y fue hacia el baño.

Impactado por lo que acababa de descubrir, por saber que amaba a la mujer de la que había decidido alejarse para siempre, se giró y cerró los ojos.

¿Qué demonios iba a hacer ahora?

Capítulo 11

Mientras Kate le daba los últimos retoques a su artículo, Ty entró en la habitación y le puso una taza de café al lado.

—Pensé que te apetecería un café.

—Gracias.

Juntó las manos por detrás de la espalda y se estiró en un intento de descargar su cuello dolorido.

Cuando vio a Ty mirándola, rápidamente bajó los brazos ante el miedo de que él se tomara el gesto como una invitación para darle un masaje en el cuello.

Eso no podía permitirlo. Había planeado reservar los momentos íntimos para la noche, empleando la oscuridad como escudo para ocultar la emoción que se reflejaba en su cara cada vez que él la tocaba.

—¿Has terminado?

Ty fue hacia ella; sus piernas largas y bronceadas tenían un aspecto exquisito con esos pantalones cortos. Se fijó en la leve cojera de su pierna derecha y vio que su rodilla estaba peor de lo que pensaba. Él había evitado hablar de ello y ella no lo había presionado para hacerlo.

—Sí, ya está hecho. Lo enviaré más tarde —tapó la pantalla con la mano—. Y nada de fisgonear. Si quieres verlo, tendrás que comprar la revista.

Él le puso una mano en el hombro y al hacerlo se le aceleró el pulso.

—¿Estás segura de que la estrella del artículo no puede echar un vistazo antes de que se edite?

Ella le quitó la mano, cerró el portátil y se levantó.

—No. Tengo que irme.

—¿Por qué no se lo envías por correo electrónico a tu jefe para que podamos pasar nuestro último día juntos?

Ella negó con la cabeza. No podían pasar una hora juntos sin acabar en el dormitorio… o en la cocina… o en el salón, desnudos y divirtiéndose mucho. Cuanto más tiempo pasaran juntos, más peligro correría ella de decir algo que luego pudiera lamentar.

—Gracias por la oferta, pero quiero comentarle algunas ideas a Henry sobre el artículo del orfanato y he pensado pasarme por la

oficina. Hasta luego.

Se echó el bolso al hombro y salió por la puerta intentando ignorar la expresión de desconcierto de Ty.

Sí, la oficina sería el lugar perfecto donde estar en ese momento, un santuario libre de soldados de las Fuerzas Especiales.

Sin embargo, si había pensado que podía evitarlo por completo en la oficina, se equivocaba.

—¿Has venido para tomar un poco el aire? —le preguntó Di al verla.

—Sí, es difícil seguirle el ritmo a un soldado. Es por todo lo que entrenan, ya sabes. Eso les da unos niveles increíbles de energía.

Di abrió los ojos de par en par.

—Oh, cuéntame más cosas —se detuvo para taparse los oídos—. Aunque ahora que lo pienso, no quiero oírlo. Estoy celosa de que mi jefa, que es más vieja que yo, esté teniendo sexo mientras que yo no.

—Es que hay hombres que prefieren a las mujeres más experimentadas.

—¡Eh! Si lo que él busca es experiencia, entonces yo…

—Vuelve al trabajo.

—Sí, jefa —le dijo, y se dirigió a la sala de edición.

Kate sonrió y llamó a la puerta de Henry, que la abrió en tiempo récord.

—¿Cómo está hoy mi sucesora? ¿Tienes algo que enseñarme?

No podía creerlo. Su jefe no sólo le había abierto la puerta, sino que además estaba sonriéndole. Por lo general, le gritaba que entrara y la miraba con gesto desagradable durante todo el interrogatorio, porque eso era a lo que la sometía cada vez que la hacía ir a su despacho.

Le dio una copia impresa del artículo. Aunque ya se lo había enviado por correo electrónico, sabía que le gustaba leerlo en papel.

—Hecho. Y también estoy escribiendo un artículo que se relaciona con éste para el siguiente número. La subasta se celebró para recaudar dinero para el Orfanato Ramírez. Sin embargo, no fue suficiente. El soldado protagonista de este artículo cree que hacerle publicidad al orfanato será lo que acabe salvándolo. Y yo estoy de acuerdo.

Henry leyó rápidamente el artículo que le había entregado.

—Es muy bueno, Kate. Te has ganado el ascenso y lo anunciaré en la próxima reunión de personal.

—¿Y qué me dices del otro artículo?

—¿Desde cuándo has necesitado mi opinión para un artículo? Si a ti te parece bueno, a mí también. Y ahora vuelve al trabajo… jefa.

Kate sonrió y le dio las gracias antes de salir.

Lo había logrado. El trabajo de sus sueños era suyo y no podía esperar a ocupar su nuevo puesto. Sumergirse en su nuevo trabajo sería la única forma de no pensar en el dolor que le causaría perder a Ty.

Y a juzgar por cómo se le encogió el corazón al pensar en alejarse de él, iba a necesitar toda la ayuda que pudiera encontrar.

* * *

Kate tenía que contárselo.

Ty merecía saberlo y debería habérselo dicho antes, pero había tenido miedo. Le había aterrorizado perder el poco tiempo que les quedaba, pero ahora que sus sentimientos se habían intensificado. .. no tenía más opción que ser clara con él.

Tras respirar hondo, abrió la puerta y entró en casa.

—Hola, preciosa.

—¿Me hablas a mí? —dijo ella forzando una sonrisa antes de acercarse a él y darle un beso en la mejilla.

Él abrió los ojos, sorprendido, y Kate decidió que no volvería hacer algo así. Sin embargo, en ese momento necesitaba estar cerca de él, necesitaba saber que no saldría corriendo cuando le dijera la verdad.

—Por aquí no veo a ninguna mujer tan sexy y preciosa. Y aunque la hubiera, tampoco la vería si tú estuvieras delante.

—Tú siempre tan encantador —le dijo mientras se quitaba los zapatos y se dejaba caer en el sillón—, ¿Quieres sentarte? Tengo que hablarte de algo.

—Parece serio.

—No realmente, pero es algo que debería haberte contado hace unos días si no hubiera sido tan cobarde.

—Está bien, ¿qué sucede? —dijo él al sentarse.

—¿Sabes por qué necesitaba tu ayuda para el artículo que acabo de entregar? Mi jefe prácticamente me sobornó para hacerlo a cambio de un ascenso a editora jefe. Es algo que he deseado desde siempre y he trabajado mucho para conseguirlo.

—¿Y?

Por suerte, no parecía enfadado. Es más, se le veía más relajado.

—No quería que pensaras que te había utilizado para conseguir el puesto.

Él sonrió. Su piel bronceada hacía que sus ojos tuvieran un brillo azul eléctrico.

—¿Así que me has utilizado? Pues debo decir que me gustan tus técnicas de coacción.

—¿No estás enfadado?

—No, a menos que me digas que todo lo que has hecho esta semana ha sido para asegurarte ese puesto.

—No —murmuró ella, con el corazón encogido y sin apenas poder respirar. Su semana juntos había sido mucho más que eso, pero no podía decírselo. Él no querría oírlo—. Creo que me conoces bien como para saber que no ha sido así.

—Sí, te conozco.

Ty se levantó del sofá, se arrodilló junto al sillón de Kate, le tomó la mano y le sonrió.

—¿Lo ves? No era tan grave. Has conseguido un ascenso con el artículo y hemos pasado una semana fantástica juntos. Así que, relájate.

Para él era muy fácil decirlo.

Él no tenía un nudo gigante en la garganta de pensar que su semana juntos estaba llegando a su fin.

—Ha sido genial, ¿verdad? —murmuró ella apretándole la mano y deseando que con ese gesto pudiera transmitirle lo que estaba sintiendo.

—Y tanto.

Ty la besó ligeramente en la boca y ella suspiró ante el breve roce de sus labios.

—Tengo que volver a la base.

—Oh, de acuerdo.

Asintió, tratando de contener las lágrimas y deseando que él dejara de mirarla como si no quisiera irse.

¿Y si le decía lo que sentía?

—Eres increíble, Katie, y jamás te olvidaré, pero tengo que irme. Ya sabes cómo es esto.

Antes de que ella pudiera responder, se levantó, hizo una mueca de dolor al estirar la rodilla y fue hacia el dormitorio.

Kate sabía que se sentaría a verlo marchar, como ya había hecho

una vez, y si el dolor había sido devastador entonces, ahora sería insoportable.

Tenía que convencerlo para que se quedara, para que compartieran más de siete días, para que le dieran una oportunidad a una relación que podía ser maravillosa.

Pero antes de que pudiera ponerle voz a esas palabras, él ya había salido de la habitación con la bolsa y una estoica expresión en su hermoso rostro.

—Bueno, parece que el barco del marine tiene que zarpar.

—¿Qué dirías si te pidiera que no te marcharas? —le preguntó Kate conteniendo las ganas de abrazarlo.

—Diría que es pedir mucho. Lo siento. No puedo darte lo que quieres.

«Sí que puedes», quiso gritarle. Quería gritar y golpearlo en el pecho por no darse cuenta.

Lo amaba. Lo necesitaba.

Ty ya le había leído la mente otras veces y deseaba que ahora lo hiciera también.

—Cuídate, cielo.

El corazón de Kate se rompió en mil pedazos cuando él se agachó para recoger su bolsa y abrió la puerta.

—Ty…

—No hagas esto más difícil de lo que ya es —murmuró antes de salir por la puerta y cerrarla.

Ella se dejó caer al suelo y lloró, más de lo que había llorado en seis años.

Tyler frenó en seco con un chirrido en el aparcamiento del orfanato. Había puesto toda su atención en la carretera. Si conducir por el denso tráfico de Los Ángeles cuando las carreteras estaban cubiertas de lluvia ya era peligroso, hacerlo además en su estado mental podía ser letal.

Y a pesar de todo, no tenía deseo de morir. Además, no podía matar lo que ya estaba muerto dentro de él y así era exactamente como se había sentido desde que había salido de casa de Kate.

Ahora, con el motor apagado y nada en lo que centrar su atención, el dolor apareció de nuevo.

¿Cómo podía haber dejado que sucediera? No debería haberse enamorado. Él no podía tener ataduras, no podía estar a su lado, a

pesar de que ella le había pedido que se quedara.

Había sentido la necesidad de alejarse lo antes posible. Su semana había terminado. Los dos habían terminado. Y ahora lo único que tenía que hacer era olvidarlo todo.

Frustrado, golpeó el volante y miró a su alrededor en busca de algo en lo que centrar su atención para ignorar el dolor que invadía su corazón.

Ese lugar había sido su hogar desde que sus padres adoptivos lo habían dejado allí una tarde después de prometerle que volverían a buscarlo. Casi treinta años después, seguía esperando.

Jamás había entendido por qué dos personas aparentemente normales podían adoptar un bebé para luego abandonarlo.

Hasta que se destrozó la rodilla. Entonces lo había visto todo muy claro. El médico había dicho que tenía una especie de artritis que era probablemente hereditaria y que podía haber mostrado algunos signos de ello durante su infancia. Después de saber eso, no le había hecho falta ser un genio para imaginarse que, primero su madre, y después sus padres adoptivos habían querido librarse del niño lisiado.

Le era muy difícil enfrentarse diariamente a un dolor cada vez más fuerte, pero cuando había estado con Kate casi había vuelto a sentirse humano.

Ella se había colado en su corazón a pesar de que él había pretendido no dar rienda suelta a sus emociones. Y aunque no había dejado de decirse que se trataba únicamente de sexo, Kate le había dado la bienvenida a su vida, a su casa, y lo había hecho caer en un enredo emocional del que tardaría toda una vida en recuperarse.

Alguien dio unos golpecitos en su ventana y alzó la vista.

—Eh, ¿vas a pasar? La tetera está encendida.

Logró regalarle una sonrisa a Mary. Ella siempre había sabido cuándo se encontraba mal y estaba segura de que una taza de té era el elixir de la felicidad. Aunque Ty se temía que en esa ocasión necesitaría mucha más ayuda para animarse.

Tras respirar hondo varias veces, salió del coche y ella le apretó el brazo.

—¿Qué te pasa?

—No quiero hablar de ello.

—¿Kate y tú habéis tenido una pelea de enamorados?

Él la miró sorprendido.

—¿Cómo sabes que estábamos juntos?

—Se podía palpar en el aire el día que estuvisteis aquí. Además, vi cómo te miraba. Está loca por ti.

Vio a su amiga preparar el té. Algún día sería una esposa maravillosa y esperaba que pudiera comenzar una nueva vida lo antes posible. Si el orfanato lograba sobrevivir en esa ocasión, él mismo se encargaría de buscar a alguien que lo dirigiera para que Mary pudiera ser libre de tener su propia vida.

De pronto, una idea terrible se coló en su mente.

¿Y si Kate no escribía el artículo sobre el orfanato?

—Como te he dicho, está absolutamente loca por ti.

Él dio un sorbo de té, pero al hacerlo se quemó la lengua. Definitivamente, ése no era su día.

—Esa chica podría ser lo mejor que te haya pasado nunca.

—O lo peor —le respondió él deseando que lo enviaran a algún país azotado por la guerra.

Al menos había sabido cómo actuar bajo la amenaza del enemigo. Ahora, en cambio, no tenía artillería contra el asalto de una mujer inolvidable que había burlado sus defensas y que lo estaba llevando hacia la destrucción.

Mary se encogió de hombros.

—Espero que sepas lo que estás haciendo.

Pero Ty no respondió. Se tomaron el té en silencio antes de que él sacara el tema de los niños.

Durante una hora aproximadamente, Mary le contó anécdotas de los muchachos del orfanato haciéndole olvidarse de sus problemas. No fue hasta más tarde, después de que se hubieran despedido, cuando vio a Kate dirigiéndose a su coche y los problemas volvieron a surgir.

Capítulo 12

—Hola, Ty.

Él apretó los dientes para resistir el instinto de envolverla con sus brazos y no dejarla marchar nunca.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a ver a Mary. Tenía que aclarar algunos detalles antes de escribir el artículo.

—Entonces, ¿vas a hacerlo? Es fantástico.

Ella lo miró algo confundida.

—Ya te dije que lo haría. ¿Por qué has pensado lo contrario?

—Pensé que estarías enfadada conmigo por haberme negado a quedarme.

Ella se sonrojó, fue un rubor que le cubrió el cuello y el rostro, pero que no logró restarle belleza.

—No soy tan mala. Además, debo de estar loca por haberte pedido que te quedaras cuando eres único a la hora de huir.

—¿Qué significa eso?

—Vamos, saliste huyendo hace seis años y ahora lo estás volviendo a hacer.

—Aquella vez los dos estuvimos de acuerdo en dejarlo —le respondió secamente, molesto porque Kate se hubiera acercado tanto a la verdad y deseando dar por zanjada esa conversación para siempre.

—Sí, pero empezaste a alejarte en cuanto te hice la pregunta. Lo sé, lo sé, los soldados están en peligro constantemente, etcétera, etcétera, etcétera… Me tragué tus excusas porque era joven e ingenua y quería hacerme un nombre en mi profesión tanto como tú, pero ¿sabes? Ahora es diferente. Quería volver a verte. Quería ver si aún saltarían chispas entre nosotros. Quería…

Bajó la mirada.

—¿Qué? —preguntó Ty evitando la tentación de alzarle la barbilla para que lo mirara a los ojos. No podía tocarla. Eso lo destrozaría del todo.

—No importa.

Él apenas oyó sus palabras susurradas porque en ese mismo momento sonó su móvil. Y resultó que las noticias provenientes del otro lado de la línea remataron su mal día haciéndolo hablar

bruscamente hasta que colgó.

—Esto no nos está llevando a ninguna parte —dijo él, ansioso por escapar antes de que el muro que había construido alrededor de su corazón se viniera abajo y lo dejara vulnerable a esa mujer—. Tengo que irme.

Juraría que vio lágrimas en los ojos de Kate cuando ella asintió y se dio la vuelta.

—Haz lo que tengas que hacer —dijo ella.

—Acaban de trasladarme. De verdad que tengo que irme —le dijo al querer darle un poco de consuelo antes de salir de su vida para siempre.

Era mentira, pero tal vez de ese modo ella lo recordaría por lo que siempre hacía, anteponer su carrera a todo lo demás, y no por alejarse asustado de sentir algo por ella.

Lo cierto de la llamada era que los resultados médicos estaban listos y que necesitaba tiempo para prepararse antes de oírlos. Mientras, su corazón aún se tambaleaba por el hecho de que no fuera a tener un futuro con Kate.

Despidiéndose brevemente de ella, se sentó detrás del volante, arrancó el motor y no miró atrás.

Con lágrimas en los ojos, Kate vio a Ty alejarse. Eran lágrimas de rabia, de frustración, lágrimas que se secaba a la vez a que se reprendía por haber sido tan tonta.

Había tenido la corazonada de que habría ido al orfanato, el único lugar que él había considerado un hogar, y ahora lloraba al preguntarse si debería haber hecho algo más para convencerlo a que se quedara.

Sin embargo, en cuanto había dicho lo del traslado supo que volvía a su preciado equipo de Fuerzas Especiales y que nada de lo que dijera o hiciera lo haría cambiar de opinión.

—¿Quieres pasar?

Se giró hacia la suave voz de preocupación y vio los ojos de Mary.

—Gracias.

Se secó las lágrimas con el dorso de la mano y siguió a Mary hasta la cocina.

—¿Te apetece beber algo?

—Un café sería genial.

En tiempo récord, Mary le puso delante una taza de café caliente y se sentó.

—¿Tú no vas a tomar nada? —le preguntó Kate a la otra mujer.

—No, acabo de tomar un té…

—¿Con Ty?

Mary asintió.

—Puedes decirme que no me meta en tus asuntos, pero ¿qué os está pasando?

Kate quería confiar en Mary, necesitaba hablar con alguien, pero ¿cómo podía hablar sobre lo que sentía por Ty con una mujer que apenas conocía?

—Puedes contármelo. Aunque lo quiero, no le diré que hemos hablado.

Algo murió dentro de Kate porque Mary acababa de confirmar lo que había estado sospechando.

—¿No me odias?

—¿Odiarte? —preguntó Mary atónita—, ¿Por qué?

—Por amar a Ty.

Ya estaba, lo había dicho.

—¿Así que lo amas?

Kate no entendió la sonrisa de satisfacción de Mary. Se había esperado que le sacara las uñas, pero no una sonrisa.

—Sí, aunque no me está haciendo mucho bien.

—No es demasiado tarde.

—¿De qué estás hablando?

—Ve a buscarlo. Dile lo que sientes.

—Pero ¿y tú?

—¿Yo? A Tyler no le importará. Está acostumbrado a que me meta en su vida.

—¿Es que no lo amas?

—Claro que sí —respondió Mary con la mirada iluminada—. Como a un hermano.

—Pensé que sentías algo por él.

—¡Dios, no! Bueno, entonces, ¿vas a ir a buscarlo?

—No puedo. Él no me quiere. He intentado hablar con él ahí afuera, pero estaba deseando marcharse.

—Creo que Tyler siente mucho más por ti de lo que está dejando ver.

Una chispa de esperanza se encendió dentro de Kate.

—¿Te ha dicho algo?

—Sólo que erais amantes.

Pero la respuesta de Mary apagó esa chispa.

—El sexo no es lo mismo que el amor.

—Lo sé, y Tyler también lo sabe. Él no es esa clase de hombre.

—¿Te dijo que una vez estuvimos comprometidos?

—¿Comprometidos? —impactada, Mary se inclinó hacia delante—. ¿Lo dices en serio? Hace unos seis años Tyler me dijo que había una mujer especial en su vida, pero no funcionó. No lo he visto salir con nadie en serio desde entonces. ¿Eras tú?

Kate asintió, sin sentirse demasiado especial y deseando que las cosas hubieran sido diferentes. Debería haber ido a hablar con Ty cuando él regresó de su primera misión, pero después de que él se fuera, se había volcado en su trabajo y se había hecho la promesa de llegar a lo más alto. Irónicamente, ahora ya estaba en lo más alto y no se sentía tan bien como había pensado cuando era joven y ambiciosa.

—Recuerdo que estaba destrozado y no había vuelto a verlo así hasta ahora.

—Sé que le importaba, que tal vez sentía algo por mí, pero le he pedido que se quedara conmigo y me ha dicho que no. Puede que piense que aún me vuelco demasiado en mi trabajo.

—¿Y lo haces?

—No. Bueno, adoro mi trabajo, es todo lo que tenía hasta que Ty volvió a entrar en mi vida.

—Pues entonces, díselo.

Kate sacudió la cabeza.

—Lo he intentado, pero no ha querido escucharme.

—¿Pero qué les pasa a los hombres?

—No lo sé. El único al que quiero no quiere saber nada de mí.

—Pues trae a uno aquí para que vea que vives con veinte niños y verás qué pronto sale corriendo.

Kate admiraba a Mary por su espíritu de sacrificio, pero no lo entendía.

—¿Por qué lo haces? ¿Por qué cuidas de los chicos?

—Es mi forma de devolverle algo a este sitio. Si mi madre no me hubiera dejado en esta puerta cuando nací, quién sabe dónde habría acabado. Ayudar es el pequeño precio que estoy pagando a cambio de haber crecido aquí.

El rostro de Mary se iluminó mientras hablaba del orfanato y de pronto Kate deseó poder hacer algo más por ese lugar que escribir

el artículo.

—Ty siente lo mismo, ¿verdad? Por eso quiere salvar este lugar a toda costa.

—Sí, aunque también intenta cumplir una promesa que me hizo cuando éramos adolescentes. Dijo que nos sacaría a los dos de aquí para que pudiéramos tener una vida. Él lo logró. Yo no, y eso lo hace sentirse culpable. Lo que él no entiende es lo mucho que me gusta trabajar aquí. No lo haría si no fuera así. Además, me está dando una buena base para lo que quiero hacer. Trabajo social.

Después de oír esa frase, Kate la admiró todavía más.

—Eso es genial. No te preocupes por Ty. Está salvando al mundo.

—¿Y no es ésa una de las cosas que te encantan de él?

Genial, Mary también tenía el don de leerle la mente.

—Tienes razón —aunque también había muchas otras cosas que le encantaban de él.

—Pues como te he dicho antes, ve a buscarlo. Dile lo que sientes. ¿Qué tienes que perder?

Todo.

Aunque no lo dijo, esa palabra la asustaba más que cualquier otra cosa.

—Pero lo han trasladado. ¿De qué serviría?

A menos que quisiera seguirlo hasta el fin del mundo, no servía de mucho declararle su amor. Su caballero cabalgaría al atardecer tal y como había planeado.

—Pues haz que cambie de opinión.

—¿Y hacer que me odie por haberle hecho elegir entre su carrera y yo? De ningún modo.

—Entonces, ve con él —dijo Mary como si fuera la cosa más sencilla del mundo.

—¿Tú crees?

—¿Por qué no? Si quieres un final feliz, ve a buscarlo.

—Pero podría irse a Tombuctú —murmuró, sorprendida de que estuviera considerando la posibilidad de dejarlo todo por un hombre que podría marcharse cada vez que quisiera.

Mary se levantó.

—Mira, siento acabar así nuestra charla, pero tengo que preparar la cena de los chicos. Piensa en lo que te he dicho. La vida es demasiado corta como para no aprovecharla. Hazlo por los dos y dale una oportunidad a esta relación.

Kate la miró, sorprendida por la camaradería que había surgido entre las dos y reprendiéndose por los malos pensamientos que había tenido hacia ella.

—Gracias por el café y por la conversación. Te debo una.

Mary sonrió.

—Escribe el artículo para que estas puertas no se cierren y estaremos en paz.

—¡El artículo! Quería preguntarte algunas cosas. ¿Te importa si vuelvo mañana?

—Claro que no. Y a lo mejor para entonces tú ya habrás tomado una decisión —le dijo, y Kate tuvo la sensación de que se harían amigas independientemente de cómo terminara la relación con Ty.

—Pensaré en ello.

Pero Kate sabía que por muchas horas que le dedicara al asunto, no había ninguna solución sencilla cuando se trataba de Ty.

Capítulo 13

Habían sido unos días muy largos para Tyler. Primero alejarse de Kate, después saber lo mucho que su rodilla se había deteriorado y esperar al examen físico que podría cambiar su vida de una forma u otra. Sería un milagro que pudiera seguir en la Marina.

Afrontar el hecho de que, tal vez, no volvería a formar parte de las Fuerzas Especiales no sería tan malo si al menos pudiera dejar de pensar en lo que había sucedido con Kate.

No podía ni comer ni dormir; la imagen de Kate ocupaba su mente y, cuando lograba bloquearla, doblaba una esquina y encontraba algo que le recordaba a ella.

Como ese día, por ejemplo. Había pasado por delante de un puesto de periódicos y había visto el último número de la revista *Femme*. Había intentado evitarlo, pero había acabado comprándola.

Sus compañeros tenían razón. El amor era un asco. Y ahora él lo sabía de primera mano.

Tras estar valorando si leer o no la revista, se sirvió un refresco, se sentó en su sillón y la abrió. Fue pasando las páginas sin prestarle atención a los anuncios de maquillajes y perfumes hasta que lo vio. Página nueve.

Una fotografía enorme de Mary y los chicos en el orfanato.

Leyó el texto que anunciaba el artículo del orfanato para el próximo número y que iba acompañado de una dirección, un número de teléfono y una página web para posibles donaciones.

En cuanto al artículo sobre la subasta, lo leyó por encima y durante un segundo el orgullo lo invadió.

La mujer que amaba había hecho todo eso.

Tiró la revista sobre la mesa y decidió afrontar la realidad. Kate era historia y cuanto antes lo aceptara, mejor. Centrarse en su examen físico, adaptarse a su nueva vida como civil y encontrar un nuevo trabajo sería todo un desafío y una ocupación más sana que suspirar por una mujer a la que no podía tener.

Justo en ese momento, alguien llamó a la puerta.

—Oso, si has venido a… —se detuvo al ver a Kate en la puerta con una pequeña maleta en la mano.

—¿Puedo pasar?

—Claro.

Se apartó para dejarla pasar por miedo a rozarse con ella y no poder resistir la tentación de abrazarla.

—¿Qué haces aquí?

Ella no respondió, sino que dejó la maleta en el suelo, agarró la revista y la abrió.

—¿Te ha gustado el artículo?

—Sí, y el del orfanato que aparecerá en el siguiente número tiene un aspecto fantástico.

—He hecho lo que tenía que hacer.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó él, nervioso, al dirigirse a la cocina—. Tengo cerveza, cerveza y cerveza.

Cuando ella no respondió, él apartó la vista de la nevera y se sobresaltó al verla allí, a su lado.

—¿Podemos hablar?

—¿No hemos dicho ya suficientes cosas?

Abrió el grifo y se dispuso a fregar unos platos. Cualquier cosa le vendría bien para mantenerlo ocupado y evitar acariciarla.

—Yo no lo creo.

—¿Sí? —fregaba los platos con una energía increíble antes de ponerlos a secar.

—Al menos escúchame.

Él miró hacia atrás y se fijó en sus labios temblorosos y en su mirada triste. Si comenzaba a llorar, no podría resistirse a tomarla en sus brazos. Vació la pila en tiempo récord, se secó las manos y le indicó que fuera al salón.

—Podemos hablar ahí dentro.

Cuando se sentaron, ella respiró hondo y decidió comenzar a hablar antes de perder los nervios.

—Primero de todo, me gustaría disculparme por decir que siempre estás huyendo.

—No tienes que hacer esto.

La miró y esos ojos azules penetraron directamente en su alma, un lugar que estaba vacío sin él en su vida.

—Sí, tengo que hacerlo.

—Digas lo que digas, no cambiarás nada. Hemos terminado. Tienes una gran vida por delante. Saca el mejor provecho de ella. Sigue adelante. Sé feliz.

—No sin ti —murmuró.

No quería seguir adelante. Se había equivocado al acceder a que lo suyo durara sólo una semana, a cerrar el libro de su historia. Aún

les quedaban muchos capítulos y tendría su final feliz, fuera como fuera.

—No puedo darte lo que quieres. Eso ya lo hemos hablado.

Se inclinó hacia delante, apoyó los codos en las rodillas y hundió la cabeza en sus manos, sin mirarla.

Ella se dio el lujo de admirar sus piernas desnudas. Le encantaba verlo en pantalón corto. Le encantaba, independientemente de la ropa que llevara. Lo amaba. Y ahora lo único que tenía que hacer era convencerlo de eso.

—¿Y aún crees que no puedes darme lo que necesito?

—Estoy seguro de que hay un montón de chicos esperando a darte lo que necesitas.

—¿Y qué necesitas tú, Ty?

Él la miró y por un segundo Kate pensó que diría las palabras que tanto deseaba oír. «A ti».

Quería que le dijera cuánto la necesitaba, cuánto la amaba a pesar de todo lo que había sucedido entre ellos, a pesar de los años que habían estado separados.

Pero no dijo nada. Simplemente se quedó allí sentado, mirándola, sin pestañear y sin mostrar la más mínima emoción.

«Dile que lo amas».

Pero decidió hacer la única cosa que captaría su atención, la única que lo haría reaccionar.

—Bueno, si no me dices lo que necesitas, ¿qué tal si te lo demuestro?

Se levantó y se quitó la ropa.

Ahora ella tendría el control, le mostraría lo que se estaba perdiendo y lo convencería de que se necesitaban. Para siempre.

Tyler no podía creer que Kate estuviera en su salón con la ropa interior más sexy que jamás había visto. Aunque lo que lo impresionó más fueron las tentadoras curvas que llenaban la lencería y que sus manos tanto deseaban tocar.

—Alguien ha ido a comprar a Victoria's Secret.

Lo que dijo le pareció una estupidez, pero Ty pensó que tenía que quitarle algo de seriedad al asunto hasta que supiera qué demonios iba a hacer.

—¿Qué te parece?

—Una lencería muy bonita.

Le faltó poco para salivar ante la idea de desnudarla y dejar toda su piel al descubierto.

—¿Y qué me dices de lo que hay debajo?

Ella comenzó a deslizar las manos sobre su cuerpo y a juguetear con la goma de las braguitas, volviéndolo loco.

—Tendrás que enseñármelo —se obligó a quedarse sentado mientras se pregunta si ella aceptaría el reto.

Y lo hizo.

La vio despojarse de la ropa interior.

—Bueno, ¿cuál es el veredicto? —le preguntó Kate al ponerse delante de él.

—Mejor que la lencería. Mucho mejor —dijo al levantarse del sofá y abrazarla.

No era una buena idea.

Lo suyo había terminado y eso no cambiaría nada. Debería apartarla y recordar todas las razones por las que tenía que alejarse de lo mejor que le había pasado nunca… mientras aún pudiera andar.

Cerró los ojos, intentando reunir las fuerzas necesarias para hacerlo.

—No.

Se apartó y fue al otro lado de la habitación.

Se le rompió el corazón al ver la mirada de incertidumbre de su preciosa Katie y apretó los dientes al saber que su último adiós sería la misión más dura a la que tendría que enfrentarse en su vida.

—Creo que deberías vestirte.

Kate cerró los ojos. Desnudarse para él no había tenido el efecto deseado, más bien todo lo contrario. Él la había rechazado, se había apartado de ella y le había dicho que se vistiera.

Hubo un devastador silencio mientras recogía su ropa con tanta dignidad como pudo.

—Puedes vestirte allí —le dijo Ty señalando el dormitorio, y entró en la cocina sin mirar atrás y dejándola avergonzada y más sola de lo que se había sentido nunca.

Luchando por contener las lágrimas, Kate entró en el dormitorio. No pudo evitar ver las dos maletas que había sobre la cama y, al mirar a su alrededor y ver la habitación vacía, de pronto tuvo la respuesta.

Nada de lo que dijera o hiciera podría hacer cambiar de opinión a Ty, ni palabras ni demostraciones de amor.

El amor tal vez la había cegado, pero ahora se había quitado la venda de los ojos.

Ty no la quería. Estaba dispuesto a seguir con su vida y, ¿quién era ella para impedírselo?

Capítulo 14

Una vez vestida, entró en el salón. Ty levantó la mirada de la revista, aunque Kate sabía que no la había estado leyendo a menos que hubiera desarrollado una habilidad para leer al revés.

—¿Cuándo te marchas? —le preguntó ella con una voz bastante serena para una mujer que por dentro estaba rota.

—Mañana por la mañana —la miró, pero no a los ojos.

—No me has dicho adonde vas.

—No es importante.

¿Que no era importante? ¿Saldría de su vida para siempre al día siguiente y no quería que supiera adonde iría?

—¿Es un destino misterioso? Porque si es así, no creo que pueda pasarme por allí si estoy por la zona.

Forzó una sonrisa, sabiendo que su intento de animar las cosas había sido patético, pero aferrándose a cualquier cosa que ocultara su humillación.

—Cuídate —él se levantó y fue hacia ella.

—Tú también.

Aunque su cerebro le ordenó a sus piernas que se movieran, que saliera de allí con la mayor dignidad posible, no lo logró.

Contuvo el aliento cuando él le acarició la mejilla.

—Será mejor que te vayas —le dijo él suavemente analizando su cara con intensidad, como si estuviera memorizando todos sus rasgos.

Se inclinó hacia ella, pero Kate lo detuvo poniéndole la mano en el pecho, sintiendo su calor a través del algodón de la camiseta y preguntándose cómo podría llegar a vivir sin él, sin acariciarlo, sin olerlo, sin amarlo.

—No me beses, Ty. Esto ya es lo suficientemente duro.

—Está bien —por primera vez, él habló con voz temblorosa y ella pensó que tal vez le importaba más de lo que parecía.

Kate levantó su maleta y fue hacia la puerta asegurándose de no mirar atrás.

—¿Para qué es la maleta?

—Había pensado en irme, pero he cambiado de opinión.

O mejor dicho, él le había hecho cambiar de opinión al rechazarla. Cuando cerró la puerta, supo que no volvería a ver a Ty.

De camino al coche, tomó la decisión de que jamás volvería a llorar por Tyler James.

* * *

Tyler vio a Kate entrar en el coche y alejarse.

Salir de su vida. Para siempre.

Debería estar agradecido por haber podido ver por última vez a lo mejor que le había pasado nunca.

¿Lo mejor?

Eso era decir poco.

Tenía que pensar con claridad, al menos durante los próximos minutos. Algo de lo que ella había dicho le rondaba la cabeza, pero no podía recordar qué era. ¿Había sido antes o después de que se hubiera desnudado para él?

Lo mirara por donde lo mirara, ella era la mujer de su vida, pero aun así, no podía tenerla.

Y entonces lo supo. La maleta. Había murmurado algo sobre ir a un sitio y cambiar de opinión. ¿Por qué iba a presentarse en su casa con una maleta si no era para marcharse con él?

Si se había mostrado dispuesta a marcharse con él, eso significaba que no había antepuesto su trabajo. Y si Kate había considerado olvidar su ascenso para seguirlo, eso significaba que lo amaba por encima de todo. Era la única respuesta que tenía sentido.

Agarró las llaves y el teléfono móvil antes de salir por la puerta.

Sus instintos nunca le habían fallado y tal vez merecía la pena volver a confiar en ellos. Empezaría con una llamada a su oficial y al doctor.

Kate necesitaba alejarse. De inmediato.

Su plan de seguir a Ty al fin del mundo no había funcionado y, además, había quedado como una idiota.

¿Qué debía de pensar Ty? La última impresión que se habría llevado de ella sería la de una mujer que entraba en la casa de un hombre, se desnudaba, le ofrecía su cuerpo en bandeja y se marchaba.

—Muy elegante —murmuró al entrar en el aparcamiento del aeropuerto.

Llevaba tiempo pensando en ello y volver a ver a Ty le había hecho reconsiderar sus prioridades.

No había vuelto a Australia en años y ¿qué mejor lugar para curar un corazón roto que su casa?

Además, hacía siglos que no hablaba con su madre y, aunque nunca habían estado muy unidas, ahora necesitaba una madre más que nunca.

Antes de poder echarse atrás, se acercó al mostrador y reservó un billete para el próximo vuelo a Sydney.

Llamó al trabajo y les comunicó su cambio de planes. A Henry le había parecido una locura que pidiera un mes de vacaciones cuando estaban a punto de anunciar su ascenso, pero ella lo había convencido.

Por suerte, no había dejado su trabajo, a pesar de que ése había sido su primer impulso. Claro que había decidido seguir a Ty a cualquier parte, pero muy sensatamente había preferido ver cómo marchaba su relación antes de hacer algo tan drástico como dejar *Femme*.

Al subir al avión, se quedó dormida, ansiosa por recuperar el sueño que había perdido durante toda esa semana. Cuando Ty no había estado a su lado físicamente, lo había estado en sus sueños, haciendo que le fuera imposible descansar.

Y cuando pensaba que acababa de cerrar los ojos, una azafata la despertó para pedirle que se sentara correctamente ya que iban a aterrizar. Al mirar por la ventana, vio las luces de la ciudad de Sidney reflejándose en el puerto y la impresionante Opera House.

Aunque adoraba Los Ángeles, ahora sabía cómo se había sentido Dorothy al regresar a Kansas: no había nada como el hogar.

Después de registrarse en un hotel en Bondi, a escasos metros de su antigua casa, se refrescó y salió a caminar para liberarse de la tensión que la había invadido durante la última semana. Muchas cosas habían cambiado allí, pero los familiares aromas del aire del mar, del pescado con patatas y del café la llenaron de una calma que no había sentido desde que había visto el nombre de Ty en el listado de la subasta.

Un par de semanas allí le harían mucho bien. Sydney estaba muy lejos de Los Angeles y de Ty y era el lugar perfecto para enfrentarse a sus recuerdos y seguir adelante.

Hablando de recuerdos… se vio recorriendo, de manera inconsciente, el camino que conducía a su casa, y aunque aún no

estaba preparada para ver a su madre, se detuvo fuera de la casa, ocultándose como una fugitiva tras un viejo roble al otro lado de la calle.

Viéndola ahora le parecía una casa muy agradable, pero en el pasado la había odiado, había odiado el hecho de que su padre la hubiera abandonado allí con una madre que la veía como un constante recordatorio del hombre que tanto daño le había hecho.

Pero tal vez no era así. Ahora que ella también había amado y perdido ese amor, entendía que tal vez su madre había hecho todo lo que había podido para criar a una hija a la vez que intentaba reparar su destrozado corazón.

Había culpado a su madre de muchas cosas, entre ellas, de convertirla en una chica desesperada por escapar de allí, atravesar el mundo y cometer la estupidez de enamorarse del primer chico que se había cruzado en su camino.

Y era bastante ridículo teniendo en cuenta que su madre no había tomado la decisión de marcharse de casa, de enamorarse de un chico y de pedirle que se casara con ella. Eso lo había hecho ella sola, ella había tomado sus propias decisiones y había llegado el momento de reconocer sus errores, de aceptarlo y de seguir adelante. Si no lo hacía, nunca dejaría de amar a Ty.

Había llegado el momento de dejar atrás el pasado y de enfrentarse al futuro, en todos los aspectos de su vida.

Se dio la vuelta y se dirigió al hotel.

Tyler era un hombre de acción y cuando tomaba una decisión la llevaba a cabo sin perder tiempo.

Sin embargo, antes de ir a buscar a Kate tuvo que hablar con el médico para que retrasara el examen físico y hablar con su oficial para que le diera unos días más de permiso antes de centrarse en su objetivo: convencer a Kate de que él era su hombre, a pesar de todo lo que había dicho y hecho.

Sin embargo, cuando llegó a su casa descubrió que se había ido, se vio sumido en un mar de dudas al no saber cuál habría sido el motivo. Pero fuera cual fuera, sabía lo que tenía que hacer. Si podía encontrarla, claro.

Se puso en contacto con su oficina y habló con Di, que no fue muy agradable con él al culparlo de lo que le había hecho a su mejor amiga, pero que sin embargo le dio la información vital que

había estado buscando: Kate se había marchado a Sidney para desconectar.

¿Eso lo había decidido antes o después de presentarse en su casa con la maleta?

Sólo había una forma de averiguarlo.

Capítulo 15

Para una chica que había nacido y crecido en Sydney, lo más natural era que le encantara la playa y por eso, en su segunda noche en Bondi, Kate asistió a un festival de surf. Nada como ver a unos chicos australianos bronceados y medio desnudos para olvidarse de sus problemas.

Estaba tumbada en la arena tomándose un café con leche y escuchando los ritmos reggae de una banda de música mientras unos niños jugueteaban en el agua, algunas parejas paseaban de la mano y los turistas se hacían fotos.

Cuando se terminó el café, tiró el vaso a una papelera y se levantó con la esperanza de que un paseo le aclarara las ideas.

Las olas rompían en sus tobillos a medida que se alejaba de la multitud reunida para el festival.

—Perdona. Creo que me he perdido. ¿Podrías ayudar a un marinero con un pésimo sentido de la orientación?

Se quedó paralizada, hundiéndose en la suave arena, cuando vio a Ty. Llevaba unos pantalones cortos, una camisa hawaiana y una gorra de rayas.

—Y con un pésimo sentido de la estética.

El hombre de sus sueños estaba allí, delante de ella, en la playa de Bondi, y eso era lo único que se le había ocurrido decir.

Muy bien, Kate.

Él la miró de arriba abajo y se paró en su cintura.

—Sí, bueno, pero al menos no me visto con la vegetación de la zona.

El festival tenía temática hawaiana y se había puesto una falda hecha de hojas ante la insistencia del hotel para que participara de la diversión.

—Lo que daría por tener un cortacésped ahora mismo… —dijo él mirándola fijamente.

—Hay una ley contra la destrucción de la flora local —respondió ella mientras se preguntaba qué demonios estaba haciendo él allí y contenía las ganas de lanzarse a sus brazos.

—¿Quién ha dicho nada sobre destrucción? Simplemente la recortaría un poco para dejar ver la belleza que hay debajo.

Nada había cambiado entre ellos, a pesar de todo lo que había

sucedido.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Cambió de tema bruscamente.

—He venido a verte.

Ella se cruzó de brazos.

—¿Por qué?

La oscuridad ocultaba la expresión de los ojos de Ty cuando respondió:

—Tengo una misión para ti.

La decepción la invadió, aunque, ¿qué se había esperado de él? ¿Una declaración de amor?

—No puedo ayudarte. Estoy de vacaciones.

Él le lanzó su letal sonrisa, la misma que hacía que le temblaran las rodillas.

—Haría que te mereciera la pena.

Si esperaba que fuera a derretirse al ver sus preciosos dientes blancos, se equivocaba. Negó con la cabeza.

—Lo siento. No me interesa.

Él alargó la mano y le acarició la mejilla.

—¿No quieres oír de qué se trata?

—No.

Contuvo el aliento cuando él deslizó los dedos hasta su barbilla y la alzó para que lo mirara a la cara.

—Tengo un amigo que necesita ayuda. Ha tomado la decisión equivocada con respecto a una mujer por la que está loco y no sabe cómo actuar. ¿Qué crees que debería hacer?

El pulso de Kate se aceleró cuando Ty le acarició los labios, provocándole un escalofrío que le recorrió la espalda.

—Depende de lo loco que esté por esa mujer —logró decir.

—Totalmente loco. No puede dormir, no puede comer.

—Parece grave.

—¿Debería decirle a esa mujer qué es lo que siente?

Kate dio un paso atrás, rompiendo el contacto físico entre los dos. No podía pensar con claridad cuando él la tocaba.

—Claro. ¿Por qué no arriesgarse? ¿Qué tiene que perder?

—La cabeza. La cordura. El corazón.

Sus miradas se engancharon y se hizo el silencio entre los dos.

Tyler respiró hondo y exhaló lentamente. Nada lo había preparado para eso. Estaba entrenado para cualquier eventualidad que surgiera en su trabajo, había aceptado el diagnóstico de los

médicos, pero se sentía impotente bajo la mirada de la mujer que amaba.

Había estado loco al seguirla hasta allí.

¿Por qué no había esperado a la mañana siguiente para encontrarse con ella en el bar del hotel, donde se sentiría más seguro?

No debería haberla tocado. En el momento en que le había acariciado la piel, su anatomía había tomado el control, en lugar de su cerebro.

—¿Estás diciendo que la ama?

—Sí.

—¿Lo suficiente como para rechazar su traslado y quedarse a su lado?

Ty pudo oír la incredulidad en su voz a pesar de que la oscuridad ocultaba su expresión.

—No hay ningún traslado. Se ocultó tras esa excusa para evitar tener que decir la verdad. Pero se la dirá si ella le da otra oportunidad. Y en cuanto a permanecer a su lado, esta vez sí, lo hará.

—¿Qué quieres decir con que no hay traslado?

—Este chico tiene un secreto. Varios, en realidad. No hay traslado porque pronto pasará un examen médico que determinará el estado de su rodilla y que lo hará salir de la Marina. Eso no podía contárselo a la mujer que ama porque no quería que ella se quedara con él por compasión. Y por eso hizo lo único que podía hacer, alejarse. Ya se había hecho la promesa de no tener que depender nunca de nadie y como buen soldado, orgulloso y muy macho, se obligó a cumplir esa promesa. El problema es que no contó con lo mucho que amaba a esa mujer.

Se detuvo con la esperanza de que ella le diera alguna señal de que lo estaba creyendo.

—Cuando volvió de su primera misión, durante la cual no pudo dejar de pensar en ella, la buscó, pero ella se había ido. Y le pareció justo ya que los dos habían tomado la decisión de romper. Había vivido sin ilusión durante los últimos seis años, pero entonces hace una semana ella apareció, justo cuando faltaban pocos días para que él pasara el examen físico que probablemente supondrá el fin de su carrera. Pero en lugar de alejarse de ella, es un egoísta y se aprovechó durante una semana a pesar de saber que al final volvería a marcharse.

Ella ni siquiera parpadeaba, no le dio ninguna señal de que lo estaba escuchando.

—Su plan estaba funcionando hasta que ella se presentó en su puerta, maleta en mano. Cree que esta mujer lo ama, que pretendía seguirlo para darle otra oportunidad a su relación, pero él estaba demasiado asustado. Con toda probabilidad en unas semanas será un exmarine, los médicos ya lo han confirmado prácticamente. ¿Y por qué iba a querer una mujer brillante y bella acabar con un tipo así? Pero mi amigo pensó que le debía, como poco, la verdad. No quería enfrentarse a su futuro sin haberle dicho lo mucho que significa para él, lo mucho que la ama, que es lo mejor que le ha pasado en la vida y que ella no ha tenido la culpa de nada. Nunca.

Kate se alejó un poco más de él al decirle:

—Dile a tu amigo que tiene mucho trabajo que hacer.

¿Qué quería decir eso? ¿Le estaba dando una oportunidad o no?

Ella sacudió la cabeza con expresión de tristeza.

—La mujer que supuestamente ama no tiene la más mínima idea de lo que pasa por la mente de ese chico. La ha rechazado tanto que ella ya ha dejado de intentarlo. Y ahora le cuenta la verdad, algo que debería haber hecho antes, y ¿espera que ella lo acepte? ¿Qué le hace pensar eso?

—Esto —dijo cubriendo la breve distancia que los separaba y abrazándola.

La besó para contener cualquier protesta que pudiera salir de su boca. Había querido hacerlo desde que la había vuelto a ver y, ahora que la tenía en sus brazos, no quería soltarla.

Ella se retorcía contra él intentando liberarse mientras las manos de Ty vagaban por todo su cuerpo. Se deslizaron sobre su sedosa piel hasta su muslo desnudo, sobre la curva de su cadera y por su vientre para llegar a sus pechos.

—Me encanta verte en bikini —murmuró él.

—Con esa forma de hablar ya no conseguirás nada de mí —le dijo, a pesar de que se echó hacia atrás para ofrecerse a él.

Ty respondió cubriéndole el cuerpo de besos.

—Ty, estamos en una playa.

—Pero no hay nadie por aquí.

Se apartó para mirarla y vio sus labios inflamados, brillantes y sonrojados bajo la suave luz de la luna.

Amaba a esa mujer, la amaba con el corazón, con el cuerpo, con el alma. ¿Y cómo se lo demostraba? ¿Manoseándola en una playa

pública?

Su conciencia le dijo que se apartara, que se lo tomara con calma, que la convenciera de sus sentimientos, pero su cuerpo le decía otra cosa.

—Te he echado de menos —le susurró Kate al besarlo.

—Yo también a ti.

El corazón de Kate dio un vuelco y su cerebro luchó contra su corazón. Era una locura. Había puesto tantos kilómetros de por medio para acabar deseándolo más que nunca.

—Deberíamos parar —dijo ella—. Esto no debería suceder.

—Tienes razón. Quería hablar, intentar arreglar las cosas entre nosotros.

—¿De verdad has hecho todo esto por esa extraña promesa? ¿Pero en qué estabas pensando?

Rodeándola con los brazos, la acurrucó contra él.

—Para mí una promesa significa mucho. Me prometí salir del orfanato, prometí convertirme en alguien y prometí que ayudaría a los que me ayudaron a mí, como Mary. Sin embargo, mientras crecía mucha gente me decepcionó y me hice la promesa de que no dependería de nadie y de que no volvería a involucrarme emocionalmente con nadie.

—¿Y por qué lo hiciste conmigo hace seis años?

—Porque me enamoré de ti, porque quería formar una familia contigo, mi propia familia, la familia que nunca había tenido.

—Entonces, ¿por qué accediste a dejar la relación?

—Porque eras joven, fui tu primer amor y no quería aprovecharme de ti. Quería darte tiempo, ver si seguirías pensado lo mismo cuando volviera después de una larga ausencia.

—Muy bien, eso explica por qué lo dejamos la primera vez, pero ¿qué me dices de ahora?

—Es lo mismo. No quería que te vieras atada a un tipo como yo, pero sí que quería disculparme por cómo te he tratado.

—Eso es una tontería. Deberías haberme preguntado qué quería en lugar de tomar decisiones por mí.

Él le tomó la cara entre las manos y la miró a los ojos.

—Tal vez acabe convirtiéndome en un exsoldado gruñón que apenas pueda andar. ¿Sabes lo que eso significa?

Ella comenzó a llorar y Ty le secó las lágrimas.

—Soy adulta, puedo tomar mis propias decisiones y sé lo que quiero. ¿Qué quieres tú?

—Quiero cuidar de ti —dijo con una voz extremadamente suave.

—¿Qué significa eso?

—Maldita sea, Kate. ¿Tengo que explicártelo todo?

—Sí. Después de una semana increíble has hecho todo lo posible por apartarme de tu lado incluso después de que te confesara mis sentimientos y te pidiera que te quedaras. Después me has seguido hasta aquí, me has contado una historia que asumo como cierta y vuelves a evitar el tema. ¿Es que no lo entiendes? Estoy enamorada de ti. Así que cierra la boca y bésame.

—¿Crees que ésa es forma de hablarle a tu futuro marido? Pero te digo una cosa. En esta ocasión seré yo el que te pida matrimonio y esta vez será para siempre.

La besó y le acarició la mejilla antes de añadir:

—Soy todo tuyo…, jefa.

Epílogo

—Siempre quise una boda en la playa.

Kate se giró y sonrió a su marido. El cielo azul claro de Bondi se reflejaba en sus hermosos ojos.

—Eso es porque estás obsesionado con el agua.

Ty se encogió de hombros.

—Puedes sacar a un hombre de la Marina, pero no puedes hacer que la olvide.

La sonrisa de Kate se desvaneció.

—¿Lo echas de menos?

Sus ojos azules se nublaron por un momento, como si estuviera perdido en unos preciados recuerdos, antes de mostrarle la misma sonrisa que la había cautivado siempre.

—¿Sinceramente? Echo de menos a los chicos, pero mi nuevo trabajo me tiene ocupado todo el día.

Kate lo besó en la boca, dulcemente.

—Estoy muy orgullosa de ti. Cualquier otro hombre se habría hundido cuando el año pasado no pasaste el examen médico. Pero no mi chico. Después de una dolorosa operación de rodilla y meses de rehabilitación, has creado un centro para jóvenes en el orfanato y le estás dando a Mary el tiempo que tanto necesita para perseguir sus sueños.

Suspiró, acurrucándose a él.

—Ese es mi chico. Todo un héroe.

—¿Crees que soy tan bueno?

—Oh, sí —le respondió dándole un golpecito con la cadera—. Eres muy, muy bueno.

Él se rió y ese sonido la envolvió como una cálida manta en una noche fría.

—Tenga cuidado con lo que dice, señora James, o decidiré saltarme el banquete y llevarla hasta esas dunas de arena para aprovecharme de usted.

—Promesas, promesas —murmuró ella dándole un pellizco en el trasero.

—¡Eh, vosotros dos! ¡Dejad eso para después!

Se rieron y se apartaron, sonriendo como una pareja enamorada.

—Tan oportuno como siempre, Oso —dijo Ty—. Y me había

esperado algo mejor de ti, Mary. Deberías mantener a este tipo a raya.

—Creo que me va a resultar difícil.

Kate le guiñó un ojo a Mary, al saber muy bien lo complicado que podía ser vivir con un soldado.

—Si Oso es tan blandito como Ty, no será tan difícil.

—¿Blandito? ¿Blandito? —exclamó Ty indignado provocando las risas de los demás—, ¿Has oído eso, Oso? Llevo dos segundos fuera de la Marina y ya me llama blandito.

Oso se encogió de hombros y le echó a Mary un brazo por encima.

—Haz como yo, TJ. Nunca discuto con una mujer… y me funciona.

Mary le dio un codazo en las costillas y se rió.

—Eso es lo que tú te crees.

Kate sonrió.

—Bueno, chicos, tiempo muerto. Es nuestra boda y ha llegado el momento de que comience la fiesta.

—Genial —dijeron Oso y Mary al unísono antes de besarse—. Pero vosotros dos esperad a más tarde.

—¿Por qué tuve que presentarlos? —exclamó Ty cuando se alejaron.

—Porque quieres a Mary, quieres a Oso y hacen una pareja perfecta.

—Y tú eres demasiado romántica —dijo él antes de besarla—. Aunque debo decir que nunca había visto a Mary tan feliz. Está estudiando Trabajo Social y adora a Oso. Y él, se merece ser feliz porque tiene el corazón tan grande como el cuerpo.

—Mi marido, el casamentero.

—Sabes que nada de esto habría pasado si no hubieras escrito el artículo sobre el orfanato. Mary seguiría allí atrapada si esa organización no nos hubiera dado los fondos para no tener que cerrar las puertas y para contratar nuevos empleados. Así que todo esto es gracias a ti.

—Está bien, me llevaré el mérito.

Sonrió y le acarició la mejilla.

—Es genial cómo ha salido todo al final. Estamos juntos, has cumplido la promesa que le hiciste a Mary y has vuelto al orfanato para hacer algo que te encanta.

—Por cierto… —dijo Ty mirando hacia atrás, donde estaba la

madre de Kate—. Creo que Doris ha querido hablar contigo desde que ha acabado la ceremonia.

—Tienes razón. Tengo que ir a hablar con mamá.

—No tardes.

La picara sonrisa de su marido junto con el pellizco que le dio en el trasero, no le dejó duda de que quería tenerla a su lado todo el tiempo posible.

Kate le lanzó un beso y fue hacia Doris, muy elegante con un vestido color lavanda que acentuaba su figura y le quitaba años. Ahora que había dejado atrás su pasado, veía a su madre rodeada de una nueva luz.

—Mamá, estás estupenda —le dijo poniéndole una mano en el brazo.

—Y tú eres una novia preciosa, cariño.

Se abrazaron y a Kate se le saltaron las lágrimas al pensar en todos los años que habían perdido, pero agradecida de que hubieran arreglado las cosas.

—Has hecho un trabajo fantástico al organizar la boda, mamá. Yo no podría haberlo hecho desde Los Ángeles con todo el trabajo que tenía en la revista.

Doris sonrió con los ojos empañados en lágrimas.

—Era lo mínimo que podía hacer después de no haber sido una buena madre para ti.

—Bueno, ya es suficiente. Hiciste lo que pudiste, tenías el corazón roto y yo fui una egoísta por culparte de que papá nos hubiera dejado. Forma parte del pasado.

Sonrió y le dio la mano a su madre.

—Además, mira el futuro que nos espera.

Se giraron para ver a Ty charlando con Percy Robertson, la nueva pareja de Doris, un hombre elegante y afable que la adoraba.

—Tenemos mucha suerte —dijo Doris rodeando a su hija por la cintura.

—Sí.

Kate suspiró y en ese momento Ty alzó la vista hacia ella y le sonrió.

—Luego te veo, mamá.

—Si un chico me mirara así, yo también iría corriendo.

Kate sonrió, se quitó las sandalias y fue hacia Ty, que ya estaba caminando sobre la arena para encontrarse con ella.

—Te he echado de menos —le dijo él, envolviéndola en sus

brazos y robándole el aliento con un intenso beso.

—Yo también a ti.

Su corazón se llenó al ver la adoración que reflejaban los ojos de Ty, la sexy sonrisa que jugueteaba en sus deliciosos labios.

—Hemos esperado mucho para esta boda, Katie. Ahora vamos a vivir los mejores momentos de nuestras vidas.

—Nunca me separaré de ti —dijo ella, dándole la mano y dispuesta a dar los primeros pasos hacia el resto de su vida juntos.

Fin